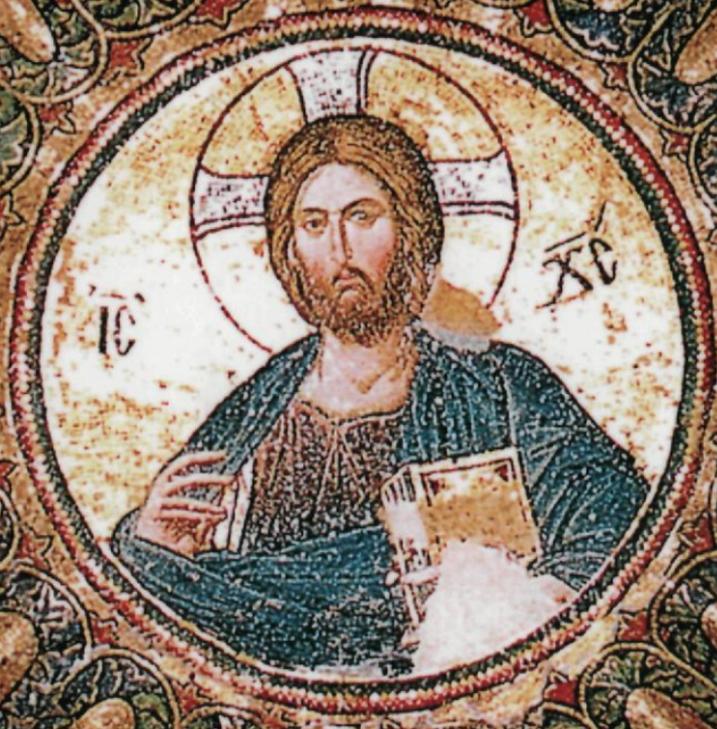


JAVIER MELLONI

# El Cristo interior



Herder

Javier Melloni

EL CRISTO INTERIOR

Herder

# Índice

<i>Presentación</i> .....	9
<b>I. HORIZONTE</b> .....	15
1. «Venid y lo veréis» .....	17
2. «Tú eres mi Hijo, en quien me complazco» .....	23
3. «Conviene que yo disminuya y él crezca» .....	29
<b>II. CAMINO</b> .....	35
1. «Muy de madrugada se retiró a orar» .....	37
2. «Hablaba con autoridad» .....	43
3. «Felices los que eligen ser pobres» .....	49
4. «Buscad el Reino de Dios y su justicia» .....	55
5. «Te bendigo, Padre, porque lo has revelado a los sencillos» .....	61
6. «La verdad os hará libres» .....	65
7. «Pasad a la otra orilla» .....	71

*Diseño de la cubierta: Michel Tofahrn*

© 2010, *Javier Melloni*

© 2010, *Herder Editorial, S. L.*

1ª edición, 3ª impresión

ISBN: 978-84-254-2701-5

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

*Imprenta: Publidisa*

*Depósito legal: SE-5617-2011*

*Printed in Spain - Impreso en España*

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

III. VACIAMIENTO .....	75
1. «Se puso a lavarles los pies» .....	77
2. «Tomad y comed» .....	83
3. «Que no se haga mi voluntad sino la tuya» .....	89
4. «Éste es el Hombre» .....	95
5. «Tengo sed» .....	99
6. «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» .....	103
7. «En tus manos entrego mi espíritu» .....	107
IV. GESTACIÓN .....	113
1. «En un sepulcro nuevo» .....	115
2. «Mujer, ¿por qué lloras?... No me retengas» .....	119
3. «Bautizad en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu» .....	123
4. «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos» .....	127
5. «El Padre y yo somos uno» .....	131
6. «Permaneced en mí» .....	137
7. «El Espíritu os conducirá a la verdad plena» .....	141
EPÍLOGO .....	145
«La realidad es Cristo» .....	147
<i>Sobre el autor</i> .....	151

En Cristo Jesús los cristianos reconocemos «la imagen visible del Dios invisible» (Col 1,15). Por medio de él vislumbramos tanto lo que es Dios como lo que estamos llamados a ser los humanos: plenitud de receptividad y de donación. En el completo darse de Dios en Jesús y de Jesús en Dios se manifiesta el misterio «del que todos recibimos gracia sobre gracia» (Jn 1,16). Los himnos de los comienzos insisten: «en él reside la plenitud de la divinidad» (Col 1,19); «todo encuentra su recapitulación en él» (Ef 1,10); «el mismo que descendió ascendió por encima de los cielos para llenar el universo entero» (Ef 4,10). En Cristo se nos muestra nuestro destino último, para qué hemos sido traídos a la existencia: para participar de esa misma plenitud (*pleroma*) que sobrepasa lo que podamos esperar. Como Pablo, deseamos estar arraigados y fundamentados en él y «llegar a conocer su amor que excede todo conoci-

miento y ser llenados de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,19).

«La realidad es Cristo» (Col 2,17) y lo es en cuanto que los cristianos reconocemos en él la unificación de lo divino, de lo humano y de lo cósmico en un máximo de diafanía. Esta diafanía procede de la transparencia de un modo de ser totalmente descentrado de sí que permite establecer la verdadera comunión con Dios, con las personas y con las cosas.

Lo que identificamos en Jesús está llamado a ser vivido por cada ser humano. Quien opera esta transformación es el Espíritu Santo, la *dynamis* divina que se derramó en Jesús, el *Cristo* —el «Ungido»— desde su concepción y que está presente en cada persona desde el instante mismo de su aparición por el mero hecho de existir. En la medida que nos abrimos a esta unción, nos va cristificando, nos va transformando en *alter Christus*.

Si bien hay una cristología descendente, y otra ascendente, también podemos hablar de una cristología interior. *Interior* no significa ajena al mundo, sino revelación de lo que el mundo alberga. Brota desde dentro de las cosas y de las personas no como un esfuerzo, sino como el desarrollo de una semilla (Lc 13,19), como la germinación de un núcleo oculto pero siempre presente en todo. Veni-

mos a la vida para acoger el darse de Dios y para convertirnos en matrices de su desplegarse en el mundo.

Cada tradición religiosa es un camino hacia el desvelamiento de lo Real. Los cristianos somos aquellos que hemos sido seducidos por Jesús de Nazaret, quien de tal modo vivió abierto al Otro de sí, que descubrió que esta Alteridad le constituía como su más profunda e íntima mismidad. A través de él accedemos a la revelación de lo que somos así como somos atraídos para que nuestra existencia sea la ocasión de su transparencia.

Las presentes páginas tienen como primer soporte otras páginas: los Evangelios que nos relatan la vida de Jesús el Nazareno, confesado como el Cristo y el Hijo de Dios por sus seguidores. En cuanto que hablan de un personaje histórico, remiten a una exterioridad, lejana en el espacio y en el tiempo y, como tal, inaccesible; pero, como manifestación del eterno darse de Dios, somos contemporáneos suyos. Cada generación es equidistante de Cristo y es capaz de Cristo. Por medio de esta contemporaneidad no sólo accedemos a su exterior, sino que le habitamos y somos habitados por él. El trasvase de lo exterior a lo interior se produce por la meditación y la contemplación asiduas de tales textos. Nos advienen noticias

suyas a través de palabras escritas, y por ello las consideramos sagradas, porque recogen la enseñanza y los relatos de un camino vivido anticipadamente por él. La sacralidad del texto tiene su culminación cuando transforma al que lo lee.

Nosotros recurrimos a los Evangelios, tal como para otros caminos existen otros textos. En estas páginas vamos a entrar en algunos de los nuestros. Son textos iniciáticos, que crecen con quien los lee, tal como dijera Gregorio Magno. Crecer significa aquí abrirse y dejarse configurar por la forma crística de la que Jesús es pauta y modelo arquetípico, *mysterium coniunctionis* de lo pasado, lo presente y lo que está por venir, que ya está viniendo en este ir y venir por los textos y por la vida hacia él.

Conjunción de exterioridad e interioridad que va transformando la existencia y va propiciando la transparencia de las palabras, de los actos y de los gestos, para conducirnos a un estado que llamamos santidad. Así, a través de la vida de Jesús y de los relatos que nos la transmiten, la forma excede a la forma a la vez que la concreción es la oportunidad para que se muestre lo Inmanifestado. Como cristianos accedemos al Origen de todo lo que es a través de la persona de Jesús de Nazaret. La interiorización de Cristo en cada cual se convierte

en su encarnación continua, como continuo es también el acto creador de Dios. De esto habló un fraile dominico hace algunos siglos, Eckhart de Hochheim, maestro no sólo de las letras, sino, sobre todo, de la vida, pero su exceso no lo soportaron algunos de su generación. También Juliana, ermitaña de Norwich, dijo que Cristo era madre, que nos engendraba en su sangre, que sus llagas eran las oberturas de su matriz. Y Juan, el de la Cruz, aquel fraile mínimo, mudejardillo de Fontiveros, dijo que cuando al alma, estando enamorada, le falta lo natural, se infunde en ella lo divino, natural y sobrenaturalmente, porque no se dé vacío en la naturaleza.

La Iglesia es un jardín con sorpresas donde germinan semillas antiguas que en su día no lo hicieron pero que no murieron, y donde árboles de antaño son hoy leños olvidados. La Iglesia es más grande que ella misma, pero no lo sabe. Pone límites a sus posibilidades. Siempre lo ha hecho y continúa haciéndolo. Pero las semillas del Evangelio no saben de estas demarcaciones, y por ello hay Iglesia más allá de la Iglesia, como hay Evangelio más allá del texto y hay Cristo naciendo en todo corazón desalojado de sí mismo.

El Cristo naciente está albergado en cada interior humano. Hay semillas de divinidad

—la llamada a vivir la existencia como plenitud del recibir y del darse, tal como acontece en el interior de Dios— esparcidas por doquier. Jesús de Nazaret vino a despertarnos y desde entonces estamos amaneciendo a pesar de tanto adormecimiento nuestro.

1  
«Venid y lo veréis»  
(Jn 1,39)

Un río colinda con el desierto. Gente y voces en la orilla. Palabras contundentes de un hombre que no adula. Juan, «el que ha alcanzado el favor de Dios» —tal es lo que significa su nombre—, proviene de un lugar solitario donde sólo hay cuevas, rocas y algunos animales esquivos. Urge al cambio. Sin concesiones. Hay diferentes gamas de oyentes: los que llevan tiempo en búsqueda y se han hecho discípulos de este asceta arisco; los que acaban de llegar y escuchan entre extrañados y atraídos, y los que no acaban de llegar nunca, entretenidos.

La búsqueda está en las entrañas del ser humano, de nosotros, animales de profundidades y de anhelos infinitos. Buscamos porque somos seres abiertos y esa apertura no tiene fin, como inacabable es el Misterio. Necesitamos escuchar palabras verdaderas que nos nutran. Las que pronunciaba ese hombre que comía saltamontes y vestía con piel de camello resultaban

creíbles. A pesar de su dureza, anunciaba algo accesible: la oportunidad de recibir un baño de purificación y comenzar la vida de nuevo. El templo quedaba lejos, en la capital. Muchos no tenían dinero para satisfacer las ofrendas propiciatorias que se requerían cada año para aplacar el sentimiento de culpa que generaba una estructura religiosa neurotizante. Aquel vigía solitario había escrutado los signos y sentía la inminencia del Esperado por su pueblo.

Uno de esos días llegó hasta allí *alguien* que nadie supo reconocer ni percibir. Un atardecer, el hombre del desierto, acostumbrado a amplios horizontes de silencio, dijo que *había visto*. ¿Qué vio? Un *taljàh*, un cordero, palabra hebrea que también significa siervo. No era un león, ni un águila, ni un búfalo. Sólo un cordero, un siervo «que no iba a alzar la voz por las calles, ni rompería las cañas quebradas ni apagaría el pabilo que humea», recordó de pronto Juan haber leído en algún libro de los profetas. El hombre del desierto no se sintió digno ante tanta pureza, ante tanta inocencia. Él predicaba un bautismo de conversión pero no esperaba que acudiera aquel que iba a limpiar las aguas y llenar de sentido su gesto por el sólo hecho de presenciarse. Juan quiso ser bautizado por él, pero el Esperado no accedió. En esos mo-

mentos venía a recibir, no a ejercer. Todavía no había llegado su tiempo.

Algo sucedió entonces en el río. Algo se abrió o se rasgó. Algo se reveló y luego volvió a velarse. Sólo Juan y Jesús lo percibieron. Por esa cercanía, por esa afinidad, la tradición les atribuye parentesco de sangre.

Juan comprendió que ya no era necesario continuar hablando ni anunciar. Sólo le quedaba indicar:

—Observad. Abrid la mirada interior y aprended a reconocerle, porque ya está entre nosotros.

Entre nosotros está siempre, pero no podemos, no sabemos o no nos atrevemos a reconocerle. Sólo los que tienen la mirada penetrante, ejercitada en la desnudez del desierto, pueden percibirlo.

Dos discípulos escuchan y entienden. Escrutan al día siguiente entre la multitud y lo identifican por su modo de estar, de respirar, de escuchar, de mirar, de moverse. Esperan todo el día hasta que Jesús se retira. Le siguen y, dándole alcance —¿quién alcanzó a quién?—, le interrogan:

—Maestro, ¿dónde habitas, dónde permaneces, dónde tienes arraigado tu ser?

*Menein* es el verbo griego que aparece, el cual es utilizado en el evangelio de San Juan

cuarenta y cinco veces. Es el verbo joánico por excelencia. Se refiere a la permanencia del Hijo en el Padre y del Padre en el Hijo, en el corazón de las profundidades trinitarias. La pregunta de los discípulos es la cuestión teológica y existencial primordial:

—¿De dónde bebes, Señor? ¿De qué te nutres? ¿Cuál es el secreto que hace que desde que te hemos visto no podamos dejar de ir tras de ti?

La pregunta es el eco de otra pregunta, muy antigua. La que Dios hizo a Adán en los orígenes: «Adán, ¿dónde estás?» (Gn 2,9). Quedó sin responder. Sigue estando por contestar porque no sabemos dónde estamos. Hemos perdido la pista del Ser. Sin embargo, él sí lo sabe. Por ello ha venido; y nosotros también lo intuimos, porque, a pesar de nuestro extravío, no cesamos de anhelarlo. Estamos en su Cuerpo, que lo es todo. «En Él somos, nos movemos y existimos» (Hech 17,28). Somos peces en el mar buscando el océano. Nuestra sed nos hace escrutar sin descanso. Interrogamos a quien nos responde a su vez con una pregunta:

—¿Sabéis dónde estáis vosotros? ¿Qué es lo que realmente estáis buscando?

En nuestras mutuas preguntas empezamos a encontrarnos. Hasta que nos hace una invitación:

—Venid y lo veréis.

A Jesús no *vamos*, sino que *venimos*. Venimos a él porque por él regresamos a casa. Nuestra casa, nuestro lugar original y originante, es la vida intratrinitaria, en la que tres son uno porque el Ser es comunión e interrelación en estado de permanente donación. El Ser uno y único se nos comunica desde la profundidad de sí mismo como Fuente originaria (Padre), como Receptáculo con capacidad constitutiva de acoger (Hijo) y como Flujo constante de devenir para dejar que los seres advengan (Espíritu). Se nos invita a participar de esta relación sin que en ningún momento hayamos dejado de estar en ella. Por esto es un *venir*. En Dios está contenida la realidad toda. No hay realidad fuera de Dios. Dios es el nombre de lo Real en su estado pleno, fontal y final a la vez. En medio, entre la fuente y el mar, está la creaturalidad, el acto procesual de tomar conciencia de que en Él «nos movemos, somos y existimos».

Pero nos agitamos en exceso y olvidamos que *somos*, y ello nos lleva a mal vivir. Sin embargo, seguimos buscando e indagando. La humanidad lleva generaciones innumerables acudiendo a la orilla de maestros para beber palabras puras, capaces de despertar, de indicar caminos y de iniciar procesos. La voz

de los maestros de todos los tiempos tiene la sonoridad de ese retorno a casa. Siendo lejanas, resultan extrañamente familiares. En ello reconocemos que estamos ante las palabras verdaderas. «Venid y lo veréis». A allí vamos *viniendo*, a la inalcanzable profundidad de nuestra propia cercanía. Allí, que es aquí y ahora. Pero necesitamos profetas y al Maestro para que nos lo desvelen. Necesitamos ir tras ellos para que nos digan que volvemos a la casa del Ser que está en nuestro ser. Para ello hemos de aprender a ver, y también a escuchar, e interpretar visiones y sonidos.

«Tú eres mi Hijo,  
en quien me complazco»  
(Mt 1,17; Mc 1,11; Lc 3,22)

El río se convirtió en vado, en brecha, en paso iniciático. Al sumergirse en aquellas aguas se abrieron otras, las de lo alto, que se derramaron en palabras: «Tú eres el Hijo, mi Hijo, mi complacencia, mi receptáculo». Todo él abierto, las pudo recibir.

Experiencia fundante, estructurante de Jesús. A partir de ese momento invocará a Dios como *Abbá. Heseb* (ternura) y *emet* (fidelidad) ya estaban en la tradición de su pueblo. Presente está también en la tradición islámica como *al-rahman* y *al-rahim*.

En el Jordán se radicalizan esa experiencia y esa certeza: que nuestro ser, el ser de todos, está tatuado en las palmas de su mano (Is 49,16), gestado en las entrañas del Eterno (Is 43,1; Sal 139,13). De ahí, de esa experiencia tenida en las aguas matriciales del Jordán, brota toda la predicación de Jesús: el Reino es una categoría integral de filiación y fraternidad.

Se descubrió Hijo, fluyendo de Dios, deshaciéndose en tierra y haciéndose barro para dejarse moldear, no a través del azar ni de la necesidad, sino surgido del deseo indecible, primigenio, de un Dios vaciándose en amor. Entre los humanos una criatura nace porque dos personas hicieron el amor. Ese amor es participación de ese otro Amor mediante el cual Dios nos crea dándonos el ser, su ser. Jesús comprendió que los humanos somos receptáculo y sustancia por medio de los cuales Dios puede manifestarse. Quedó sobrecogido de un gozo que le acompañó para siempre. De aquí también su libertad frente a una Ley que quería poner límites a ese derramamiento sin límites.

Jesús pudo recibir tanto porque todo él se había hecho obertura. Había aprendido a vivir así desde pequeño: recibíendose de una Otredad que descubría en la hondura de sí mismo. Este lento y progresivo desalojo tuvo su eclosión en el momento de recibir el rito de conversión —*teubá*— que anunciaba Juan. *Teubá*, «refluir en Dios», en lugar de estar curvado sobre su propia complacencia. Ya no. Y todavía menos a partir de ese momento. Ya no se podía entender a sí mismo sin una total referencia a ese Otro de sí que estaba en su más inalcanzable profundidad. La lejanía de los

cielos no es más que un modo de hablar de esa mismidad inaccesible debida a tanta cercanía, a tanta simplicidad. «Tú eres mi Hijo, mi complacencia, mi descanso, allí donde encuentro un Lugar para poderme dar y manifestarme sin medida, sin tropezar con ningún obstáculo». La fuente encontró en Jesús una concavidad inacabable donde verterse.

La fe cristiana confiesa que este cuenco no es otro que Dios mismo, porque sólo Dios puede contener a Dios. Jesús es la conjunción de Dios en tanto que Hijo en lo Eterno que se ha hecho hijo en lo humano para despertar en los humanos la capacidad de reconocernos como *capax Dei*, creados para recibir el verterse de Dios. El bautismo en el Jordán supuso el despertar de la conciencia de Jesús de lo que había sido desde siempre, para que revelara a los humanos lo que también somos desde siempre: destinados a convertirnos en el contenido para lo que hemos sido hechos recipientes. Siglos más tarde, una mujer audaz, Catalina, hija de Siena, recibió en oración palabras semejantes: «Hazte capacidad y Yo me haré torrente».

Después del sumergimiento en el río, Jesús fue conducido al desierto para «sentir y gustar interiormente» lo que se le había revelado. Allí creció en lucidez y pudo discernir con

claridad lo que significaba ser Hijo de Dios y del Hombre. Comprendió tres cosas: que no se debe hacer un absoluto de las propias necesidades —convertir las piedras en pan—, porque entonces el manar de la Fuente queda obstruido en la corta mirada de la autorreferencia; entendió que tampoco podía utilizar su poder para dominar reinos ni someter a otros, porque entonces también él quedaba sometido; y que no podía situarse en el lugar más alto y tener ideas a su antojo porque desde arriba las cosas y las personas se ven aislada y deformadamente. Jesús descubrirá que el lugar del Hijo no es la cúspide más alta, sino lo más bajo, lo ínfimo. El resto de sus años irá en busca de ese último lugar, el único desde el cual se puede fundar fraternidad sin que nadie quede exterminado o excluido.

Según narran los textos, tiempo más tarde, en el Tabor, se oirán unas palabras semejantes a las que escuchó en el río, pero esta vez dirigidas a otros: «Éste es mi Hijo. Escuchadle». La fe hebrea pasa por la audición. «*Shemà*, Israel», «Escucha, pueblo mío». Así les fueron dichas a Pedro, Juan y Santiago, en el Tabor, las primicias del nuevo Israel. Primero vieron, luego escucharon. La visión es anticipación de plenitud y reposo; la palabra implica camino y proceso. Así, entre la audición y la esperanza

de visión transcurre nuestro devenir hacia Jesús, el recorrido para llegar a ser Hijos, viendo y escuchando la manera cómo él vivió: plenamente abierto y por ello plenamente entregado.

Si en el Tabor se da la diafanía de la visión, en otro montículo, en el Calvario, se mostrará la opacidad, la parte oscura de esa luz. En esa oscuridad no hubo palabras. Sólo silencio. O tal vez grito ante la sensación de total abandono del Verbo extenuado, traspasado. Y es que las imágenes y las palabras, las visiones y las audiciones sufren necesarias interrupciones para hacer posible regiones ulteriores de sentido. Palabras e imágenes que son indicios e inicios por donde empezar el camino, pero que no son su fin. Por ello, aunque son experiencias fundantes, son efímeras. El Jordán y el Tabor son brechas para adentrarse, no para quedarse. También la cruz es pasaje.

«Conviene que yo  
disminuya y él crezca»

(Jn 3,30)

**D**isminuir en Aquel que es para ser en Quien todo es. Cuando vivimos en la inautenticidad, nos afirmamos inflexiblemente y ello nos aleja del Ser y nos impide ser. Ante la presencia de *El que es*, toda autoafirmación se convierte en separación. Ante *El que es*, sólo hay deseo de ser en su ser. Por ello el anhelo de disminuir hasta desaparecer: «Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Así lo expresó Pablo años más tarde, después de haber sido tomado en el camino por Aquel de quien quería haber eliminado todo rastro. Lo había perseguido porque intuía que iba a trastornar su vida y, efectivamente, así fue. Tras irrumpir en su camino, ya no pudo vivir para sí mismo, sino hacia él, para él, en él.

Del mismo modo pasó con Juan. Su presencia le rozó y quedó trastornado: «El que viene detrás de mí ha sido colocado ante mí, porque existía antes que yo» (Jn 1,15). Tam-

bién en el sufismo hay quienes han sido tocados por Jesús. Dice Ibn Arabi: «Aquel cuya enfermedad es Jesús no se cura jamás». Felices, pues, aquellos que han enfermado de Jesús, porque no serán curados. Muchos son los que han tenido esta enfermedad a lo largo de dos mil años. Todos ellos han querido desaparecer en él. Así fue también en los comienzos, cuando Juan le reconoció. Disminuir. Tales son el dinamismo y el secreto del seguimiento: desear perderse en él hasta desaparecer para reaparecer en él y desde él. El conocimiento se hace amor y el amor, seguimiento. ¿Y qué es el seguimiento sino éxodo y éxtasis para que él tome todo el lugar?

Y esto es así porque él mismo es desaparición, *capacité infinie d'effacement*, en palabras de François Varillon, un jesuita francés. La encarnación del Verbo, palabra y sentido primordiales, implica la penetración de la potencia divina en la debilidad humana, lo cual supone en él una disminución. Toda palabra es insuficiente para referirse a esta inseparable conjunción. El manifestarse de Jesús como Hijo aconteció porque su voluntad de afirmación cedió a la voluntad de donación. Así, para acercarse al Hijo hay que abandonarse en quien nos entrega continuamente su ser. En este dejarnos ir vamos alcanzado otro

modo de existencia, renunciando a afirmarnos atrincheradamente para vivir en estado de receptividad y transparencia. La disminución de nuestra voluntad de afirmación deja paso al Hijo y nos hace Hijos. La filiación nace de la conciencia cada más nítida de no pertenecerse a uno mismo, sino de saberse continuamente recibido. Este desbertenecerse hiende regiones hacia la Otredad, una Otredad que nos dispone a recibir la alteridad de los demás y nos rescata del exilio de vivir blindados.

No podemos resolver la paradoja, sólo vivirla, adentrarnos en ella y ser abiertos por ella: vamos siendo a medida que entregamos nuestro ser, porque el Ser es continuamente cesión de sí mismo. Siendo nuestra existencia el don supremo que podemos recibir, sólo puede sostenerse como don, y, por tanto, sólo tiene sentido desde la donación. La necesidad de autoafirmación es un espejismo. ¿Qué somos o tenemos que no hayamos recibido? ¿De qué podemos decir que es nuestro? Por ello, para *venir* a Jesús, que es el don que *adviene* a nosotros, tenemos que rendir el yo y dejar de querer ser para configurarnos por un modo de existir que, siendo aparente disminución, es la única manera de crecer y de acceder al Ser. Lo que caracteriza a este crecimiento tras la disminución es que ya no

se vive a costa de nadie, sino que la existencia se concibe con, para y hacia los demás, mediante la renuncia a toda voluntad de dominación. Abandonados y entregados, podemos dejarnos moldear para que él imprima la imagen del Rostro original.

Su Rostro impreso en nuestro rostro no nos despersonaliza, sino que nos transfigura. ¿Cuál es el signo de su impronta en nosotros? Vivir desde la inocencia, renunciando a dañar cualquier forma de existencia porque su habitar en nosotros hace que, existiendo, nos demos y dejemos ser en lugar de arrebatarse. Vivir disminuyéndose es vivir sin dañar, posibilitando que los demás sean en plenitud, porque es Él quien sella su existencia en cada ser humano y en cada criatura. Su vida en nosotros hace que dejemos de constituir una amenaza para los demás, de manera que seamos ocasión de más vida. Para ello hemos de rendir nuestro yo. Sólo así podemos adentrarnos en la vida. Somos invitados a desalojar todo nuestro espacio para convertirnos en la ocasión de su darse. Hay que disminuir para atravesar la puerta estrecha del Reino (Lc 13,24), cuya estrechez no es otra que el reflejo de nuestra incapacidad de ceder. La puerta del Reino se abre por doquier, espaciosamente, cuando convertimos cada situación en ocasión de dejar

paso a El que es y a lo que es. Dejando paso, cediendo, atravesamos la puerta y, entrando en el Reino, retornamos a la inocencia de una existencia que vive con la conciencia de que todo es don.

Disminuir para crecer. Retornar el don que se nos da en cada momento. Desaparecer en esa transparencia y ser bañados y recibidos en esta inocencia. Todo ello es Jesús: umbral de un modo nuevo de vivir. Por eso hay que disminuir ante él y dejar que tome posesión de nuestras personas para poder verdaderamente llegar a ser.



1  
«Muy de madrugada  
se retiró a orar»  
(Mc 1,35)

Jesús es un ser horadado. Hay un hueco constitutivo en él, un espacio abierto que le impulsa sin cesar a orar. Su vida y su persona son inimaginables sin oración, aunque los Evangelios son sobrios en esta materia, como en todo lo demás. Todo su ser era oración, referencia a ese Otro de sí en quien se abismaba: «El Hijo no hace nada por sí mismo, como no lo vea hacer al Padre; todo lo que hace el Padre lo hace el Hijo» (Jn 5,19).

Orar es pronunciar el Tú primordial en el cual nace la conciencia de un yo que diciendo Tú regresa a su matriz originante. Jesús llamaba *Abbá* a esa Presencia que, habitándole por dentro, le llevaba continuamente más allá de sí. La palabra *Abbá* contiene las dos primeras letras del alfabeto, *a* y *b*, también en hebreo. Siendo él la Palabra, balbuceaba ante el Silencio los fonemas que le permitían articular todos los demás vocablos. De la *a* y de la *b* de *Abbá* se desprendían las demás letras que componían

las palabras que pronunciaba. Invocando el Comienzo, convocaba los dos primeros sonidos de los que emanan todos los demás.

Para ello tenía que cuidar tiempos diarios en los que abismarse en ese Otro de sí al que se entregaba en adoración al amanecer para continuar haciéndolo en el resto de las situaciones de la jornada. Este no-hacer-nada-por-sí-mismo no es la alienación de quien no sabe asumir la propia existencia, sino todo lo contrario: orar es conjuntar el centro de las propias decisiones con el Centro del que dimana la realidad. Orar significa tomar distancia respecto de la inmediatez de las cosas para percibir las desde su fondo y discernir su dirección.

Orar es pasar de la perspectiva del egocentramiento a ver los acontecimientos y a las personas desde la profundidad de la que emanan; es también percibirlos desde el final, desde la plenitud de lo que todo está llamado a ser, sin los giros cortos y torpes con los que violentamos la comprensión de lo que nos rodea. Orar supone este lento girar de la mirada, de la escucha, de la sensibilidad, de la mente y del corazón traspuestos, para vivir las diversas situaciones desde el origen que las posibilita e impulsa.

«Muy de madrugada», dice el texto. Antes de que todo comience, para que cuando suceda

pueda ser visto desde ese horizonte. De este modo, en lugar de un comportamiento activo-reactivo que condena a la repetición, se podrá dar lo nuevo. Lo nuevo es lo que adviene no como resultado de una reacción, sino como fruto de una creación. Orar da la posibilidad de co-crear: «Todo lo que hace el Padre lo hace el Hijo». Hacer las cosas desde el Padre es lo que da impulso al Hijo. Orar implica cambiar de perspectiva y tomar empuje para actuar bajo la luz que se ha recibido: «Lo que he visto estando junto al Padre, de eso hablo» (Jn 8,38). Orar es abrirse para ver y escuchar al mismo tiempo, dos modos de recibir, de dejarse impregnar, para poder configurarse desde la raíz de modo que el actuar proceda de Él. «Yo le conozco y guardo su palabra» (Jn 8,55). Por ello, Jesús se levantaba muy de madrugada: para nutrirse de la Fuente que manaba en lo hondo de su persona, lo cual le permitía percibir durante la jornada manantiales de la misma Fuente por doquier.

La oración no se contrapone a la acción, sino que es su complemento. Se requieren mutuamente. La calidad de nuestra acción depende de la calidad de nuestra oración y la calidad de nuestra oración depende de la calidad de nuestra acción. Ambas implican lo mismo: la donación de sí. La relación de Jesús

con el Padre se nutría de estos tiempos de apartamiento, a la vez que se acreditaba con su modo de estar entre su gente, despertando en ellas el anhelo del Origen y reorientando sus existencias.

«Maestro, enséñanos a orar», le pedirán en su momento los discípulos (Lc 11,1).

—¿Cómo oras para que tu ser se transforme cuando entras en contacto con la Raíz que te origina? ¿Por qué a nosotros no nos sucede? ¿Qué le falta a nuestra oración?

Y el Maestro, más que palabras, les enseñó la actitud: no hablar mucho sino recogerse en la profundidad del corazón, allá donde la Fuente está esperando a darse (Mt 6,5-8). De nuevo, la trascendencia se une a la inmanencia: cuanto más profunda y serena es la oración en la cueva del corazón, más se percibe la Presencia que ubicamos en los cielos. ¿Qué cielos son esos que están escondidos en la oquedad del corazón? ¿Qué profundidad es ésa que alcanza la altura y la pureza del firmamento? ¿Qué oscuridad es la suya que se torna claridad? ¿Qué silencio es ése que se transforma en Voz?

«En la casa de mi Padre hay muchas estancias» (Jn 14,2), tantas como grados de transparencia. También en el corazón hay muchas moradas y por la oración aprendemos a recorrerlas. Cuantas más se abren hacia

dentro, más se abren también hacia fuera, en atención a las sollicitaciones que nos llegan. Percibimos la profundidad de lo exterior en función del espacio que habitamos en nuestro interior porque no vemos la realidad tal como es, sino tal como somos. A mayor profundidad no hay mayor aislamiento o ensimismamiento, sino que aumenta la capacidad para percibir la hondura de lo que nos rodea. El ser-de-Dios de Jesús no se opone a su ser-para-los-demás, sino que, al contrario, lo posibilita. La intimidad con Dios no se contrapone a la implicación con la realidad, ya que Dios es quien da consistencia a cuanto existe. Cuanto más plena la unión con Dios, más plena también la unión con todo lo demás. De aquí la lucidez de Jesús, el Hijo del hombre, que nacía a cada momento de las profundidades de lo Real, entregándose en oración y creciendo en libertad.

## «Hablaba con autoridad»

(Mc 1,22)

Cuando Jesús toma la palabra sorprende a los que le escuchan. Su hablar produce una resonancia distinta del hastío que provocan los funcionarios de la predicación. Les nutre esta reverberación del Verbo que da sentido a lo que viven. Perciben que tiene autoridad, no poder. Desprende autoridad —de *augere*, «hacer crecer»— porque hace a los demás autores de sí mismos. El poder, en cambio, se ejerce desde la dominación anulando a los que quedan por debajo. Jesús no tiene ningún cargo externo sobre el que apoyarse (Mc 11,27-33). Su sostén emana de su propia experiencia y se fortalece a partir de su relación con el Fondo del fondo de su existencia. No tiene más credencial que estar posibilitando el acceso a la Fuente que, haciéndole crecer a él, le impulsa a hacer crecer a los demás.

La gente escuchaba a Jesús porque Jesús, a su vez, tenía la capacidad de escuchar. Estaba atento no sólo a lo que sucedía dentro de

él, sino en torno a él, y ello le hacía captar lo que vivían sus contemporáneos. Escuchaba y sabía interpretar lo que había en el interior de ellos aunque sólo fueran balbucesos de anhelos difusos e intermitentes que volvían a desaparecer en el inconsciente. Jesús se acercaba a las personas y no temía ser salpicado por sus angustias o sus incoherencias, ni temía ser contagiado por sus enfermedades ni se escandalizaba por sus comportamientos. Tan solo se acercaba y escuchaba. Escuchaba sin cansarse y sin juzgar, sólo tratando de entenderlas. Cuanto más escuchaba más entendía y cuanto más entendía más se podía acercar de un modo sanador y revelador para ellas. Después se retiraba y meditaba lo que había escuchado para comprenderlo todavía mejor y devolverlo interpretado. Por ello, sus palabras tenían una densidad y una claridad en las que se reconocían quienes acudían a oírle hablar.

Esta lucidez le llevó a hacer nuevas interpretaciones de la Ley. Toda norma trata de poner cauce al comportamiento humano para hacer viable la vida en comunidad. En principio, la ley nace de la atención a las diversas situaciones para velar por el bien común, pero con frecuencia acaba favoreciendo a los que la custodian. Entonces, ciega y muda, se convierte en una usurpación. La autoridad que el pueblo

reconocía en Jesús procedía de la referencia incesante a las personas en nombre de un Dios que quería que cada uno creciera desde la profundidad de sí mismo con y hacia los demás. Su libertad ante la Ley acabará costándole la vida. El orden establecido no pudo soportar la desautorización que suponía para ellos este escuchar a cada uno.

El comportamiento de Jesús plantea algo fundamental a toda religión y a toda sociedad: ¿Dónde se funda la legitimidad de las normas colectivas? ¿Dónde acaba la libertad y comienza la arbitrariedad?

Los seres humanos vivimos en comunidad y en ella somos confrontados con la alteridad. Este estar-con-los-demás ayuda a objetivar criterios y actitudes que pueden ser demasiado subjetivos o parciales. La tentación de toda institución es ponerse a la defensiva y absolutizar su posición frente a los que cuestionan el orden establecido. Entonces entran en pugna poder y libertad. Jesús se opuso al poder en nombre de la defensa del núcleo irreducible de cada persona, particularmente de los que quedaban excluidos por unos principios implacables que se atribuían a Dios pero que provenían de otros intereses mezquinos.

Jesús era consciente de que había que evangelizar tanto la mente como el corazón

para que cada cual sea discernidor de su comportamiento. Como nadie está libre de caer en la arbitrariedad y en la autojustificación, hay que estar permanentemente abiertos y despiertos para que se purifiquen los criterios y las motivaciones, tanto personales como institucionales. Para ello necesitamos palabras verdaderas. Captamos su cualidad y su fuerza por los efectos que dejan en nosotros. Eso es lo que sucedía con los que escuchaban a Jesús: percibían que cada palabra que salía de él era un sorbo que les nutría y que les remitía a sí mismos avivando lo mejor que había en ellos.

Por otro lado, lo que oían era creíble porque Jesús decía lo que pensaba y realizaba lo que decía. Se atrevía a vivir según lo que había vislumbrado en los momentos de mayor claridad. De la unificación de su persona emanaba una infrecuente energía que despertaba el deseo de tener la misma autenticidad y la misma coherencia entre pensamiento, palabra y acción que existían en él.

Lo mismo nos sucede ante personas que están comprometidas plenamente en aquello que dicen. Entonces la palabra humana participa de la Palabra de Dios, *dabar Yahvéh*, la cual tiene el don y la energía de realizar lo que expresa. El Verbo creador confluye con la

palabra humana dejando pasar todo su dinamismo y transformando la realidad. De aquí que la palabra de Jesús sanara y liberara de demonios y de otras contaminaciones.

Escuchar su palabra y reconocerle como Palabra significa recibir la fuerza de ese Verbo creador que sigue pronunciándose en cada uno de nosotros y que permite a las personas desplegarse desde su verdad, convocando sus posibilidades latentes pero en tantas ocasiones ignoradas o dispersas.

## «Felices los que eligen ser pobres»

(Mt 5,3)

Las bienaventuranzas, pronunciadas sobre un monte, tienen el carácter de una teofanía y constituyen unas de las páginas más bellas de la sabiduría universal. Hablan de una felicidad extraña que se abre camino en medio de la adversidad y de la contradicción. Cada frase es un pasaje, una pascua, donde se extrema la paradoja: las tierras de escasez se revelan como tierras de plenitud. No hay otro modo de alcanzar lo divino que a partir de lo humano mismo, yendo a su fondo último, perforando la cáscara que se resiste.

Cada bienaventuranza comienza en precariedad y termina en completud: el vacío del tener se convierte en plenitud del ser (Mt 5,3); por el llanto solidario con los que padecen se llega a ser consolado (Mt 5,4); por la desposesión, los humildes se convierten en la capa de humus fértil que cubre la tierra (Mt 5,5); el deseo de que haya justicia anuncia las primicias de una humanidad nueva (Mt 5,6);

el descentramiento de poner el corazón en la miseria ajena se convierte en capacidad para recibir a Dios en la propia miseria (Mt 5,7); la transparencia de la mirada que no juzga ni compara, sino que acoge incondicionalmente, se convierte en percepción de que Dios está presente en toda situación (Mt 5,8); la preocupación por la paz hace partícipes de una fraternidad sin fronteras, en esa difícil tarea de reconciliar a los humanos (Mt 5,9); los que son fieles a causas justas, más allá de las modas y de los cambiantes intereses, son felices porque tienen el absoluto dentro y fuera de sí mismos, aunque sean perseguidos porque se anticipan a sus tiempos, tal como sucedió con los profetas y con Jesús (Mt 5,10-11).

Todo ello son imágenes de la humanidad transfigurada a partir de la humanidad desfigurada, el tránsito entre el *todavía no* y el *ya sí*. En ese largo trayecto transcurre la existencia de cada cual y de la humanidad entera. Este traspaso, esta pascua, no se hace por otro camino que por la misma realidad en la que cada uno se halla.

La pobreza es la primera de las bienaventuranzas, el umbral que permite acceder a las demás y al Reino. Es su condición de posibilidad. En Lucas se trata de una pobreza real (Lc 6,20); en Mateo se presenta como

una elección libre, como una actitud. Nuestro instinto nos hace huir de ambas. Jesús, en cambio, hizo elogio de las dos. No sólo elogió a los pobres, sino que se hizo pobreza. Ser pobre implica todo lo contrario de la voluntad de poder. El Reino no se puede desligar de su Rey, que reina en pobreza, porque el Rey de ese Reino es ese Ser pobre absolutamente desprendido de sí. Su realeza es dejar ser. Su misma realeza es su pobreza. No tiene nada. Sólo *es* y deja ser. Se trata del *tzimtzum*, el «retraimiento» de Isaac de Lauria y de la mística judía posterior, según la cual Dios se retira para dejarnos ser. Su pobreza es el espacio de nuestra posibilidad. Cuando nos hacemos pobres, abrimos un lugar para que Él se haga realidad en nosotros y tome nuestra existencia desalojada de modo que haya también espacio para los demás. Nuestra pobreza nos hace uno con Él al renunciar a toda otra posesión que no sea Él.

Las riquezas sobre las que nos afirmamos son la prueba de que estamos incompletos: necesitamos cosas para ser. El tener es la marca de nuestra incompletud. El no tener, en cambio, es el signo de una plenitud. La pobreza se convierte así en la participación del ser desnudo de Dios, que *es sin tener*. El pobre, al no poseer ni apropiarse de nada, comparte la riqueza de

Dios que es su no-tener. Al no poseer, no está fragmentado, lo cual le permite establecer nuevas relaciones con las personas y con las cosas. Desaparecen la depredación, el abuso y la marginación en un reordenamiento social donde la pobreza es bendición porque libera de la avidez y de la competitividad.

Revestidos de pobreza, cada cual se puede sentir identificado con alguna de las demás bienaventuranzas. La vida humana se despliega por alguno de estos caminos. La felicidad —plenitud— es alcanzada a partir de la misma situación aparentemente opaca. La clave está en el modo de vivir cada circunstancia: «Felices los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mt 5,8). Una mirada descentrada y desappropriada que descubre la Presencia que se gesta en cada cosa y en cada persona.

Fue precisamente su limpieza de corazón lo que permitió a Jesús transmitir tal visión del mundo, porque sus ojos y sus palabras penetraban la realidad y alcanzaba a ver la humanidad por venir. Las bienaventuranzas recuerdan que sin-los-demás no hay acabamiento. Sólo a través del darse es posible acceder al Reino y al Rey del Reino, que está identificado con los más desposeídos (Mt 25). Es la donación lo que introduce en el ámbito de Dios, no el nombre que le demos (Mt 7,21-22; Lc 6,46).

Tanto las bienaventuranzas como el Reino son transconfesionales. Son actitudes que acercan a todos los seres humanos. Su carácter universal es lo que hace que muchas veces sean leídas en encuentros interreligiosos. Nos convocan más allá de nuestros pequeños recintos en una tierra pura de la que hablaban ya los profetas de Israel: «En el monte santo nadie hará daño y todos estarán llenos del conocimiento de Dios como las aguas colman el mar» (Is 11,9). Para nosotros, los cristianos, Jesús no sólo está en ese monte, sino que es ese monte. Él es la base, la falda y la cima, accesible para los que empiezan a caminar y atrayendo desde lo más alto a lo que el ser humano puede aspirar.

## «Buscad el reino de Dios y su justicia»

(Mt 6,33)

Dios está grávido del mundo y el mundo, de Dios. Son indesligables. Jesús celebra esta unión a través del sacramento del instante. Frente a un futuro continuamente diferido, vive en un hoy lleno de Presencia. A esta presencia y a esta energía divinas que actúan en el mundo Jesús las llama el Reino. Un Reino, *maluk*, que los judíos identificaban con el Gran *Shalom*, la llegada de una paz que abarca los diversos ámbitos: el personal, el familiar, el comunitario, el político y también el cósmico, donde todo volvería a su inocencia original. Jesús anuncia la llegada de este Reino, pero ello requiere una conversión integral. Porque ese Reino no es simplemente la culminación de todos los anhelos, sino su transformación. El Reino que anuncia es un estado de comunión con la humanidad y con la naturaleza, donde la identidad de cada cual no es usurpación de la ajena, sino su posibilidad, y donde cada existencia es cauce de las

demás porque se saben partícipes de la energía divina: creación y engendramiento continuos, impulso incesante del ser. De aquí los signos que acompañarán la predicación de Jesús, que no son otros que la restitución de las personas y de las cosas a su estado original, donde no hay fragmentación. Por ello, los enfermos eran sanados al ponerse en contacto con él.

«El Reino de los Cielos está entre vosotros» (Lc 17,21). *Entos* es la palabra que aparece en el texto, que también se puede traducir por «en». *En* y *entre* son inseparables e irrenunciables. Se requieren mutuamente porque el Reino está presente en todo y en todos, haciendo saltar las dualidades, así como las instancias opresoras, tanto internas —los bloqueos psicológicos— como las externas —el pecado social estructural—. El Reino de Dios no se identifica con un lugar determinado, porque está en un horizonte de insoportable inocencia y fraternidad. No estando sujeto a cálculo (Lc 17,20-21), dinamiza una calidad de ser y de existir que da preferencia a los últimos, introduciendo así las categorías de Dios en la historia. Esta preferencia por los pequeños y los excluidos se refleja en múltiples pasajes, donde la compasión de Jesús brota como participación de la pasión de un Dios que se hace presente en toda forma de

sufrimiento y se acerca a la más desapercibida de las personas. En el Reino, la sensibilidad se agudiza.

El Dios que está en las personas también está en las cosas, en las entrañas de su creación. Su presencia la perciben los pájaros que revolotean confiados sin sembrar ni segar y la captan las flores que crecen en los prados y en los márgenes de los caminos sin hilar ni trabajar (Mt 6,25-33). La naturaleza se despliega sin agobiarse porque vive inmersa en esta presencia. El Reino de Dios es la revelación de la inmanencia de Dios que brota por doquier. Sólo hay que abrirse para percibirla. Esta apertura conduce a vivir con autenticidad: «Buscad el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33). La justicia consiste en reconocer la sacralidad de cada ser y de cada existencia, lo cual lleva a instituir un nuevo orden social, donde el dominio y la apropiación dejen paso a la reciprocidad.

La justicia del Reino es la adecuación de cada cosa y cada persona a su lugar. Este lugar es el retorno al estado original, lo cual supone que cada criatura se descubre unida a la Fuente, y se abre a la celebración de esa reciprocidad. La justicia del Reino consiste en que cada ser goce de las condiciones de

existencia que le permitan irradiar el Fondo que custodian. Es posibilitar que cada persona transparente su capacidad teofánica, de modo que las condiciones sociales sean reflejo de esa relacionalidad. Toda existencia en el Reino emana de la relación y para la relación; todo brota desde los demás, con los demás y hacia los demás. Cada ser se desvela como un reflejo del ser de Dios, en el reconocimiento de ese Origen y de ese Fondo de los que cada forma es receptáculo.

La justicia del Reino consiste en vivir en este estado de receptividad, abiertos a esa Presencia que calma el vacío que nos convierte en seres agresivos y que hace saltar en mil pedazos la armonía del Reino cuando no sabemos cómo colmarlo. Paz y justicia se dan la mano en la medida en que la justicia atiende a las relaciones verdaderas entre los humanos; entonces la paz, el Gran *Shalom*, brota como su resultado más espontáneo. La paz es la añadidura inmediata, la concomitancia que se nos da por vivir en la justicia del Reino. Esa armonía invisible que se hace visible por las relaciones verdaderas es cauce de la Presencia que impregna los vínculos entre los humanos y los demás seres vivos que nos rodean.

En la situación actual del mundo, este orden se ha de violentar para que advenga:

«He venido para prender fuego a la tierra, y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lc 12,49). A la vez, emerge silenciosa y lentamente desde el interior de la realidad, como la levadura fermenta un saco de harina (Mt 13,33) o como crece un grano de mostaza (Mt 13,31). La categoría del Reino nos introduce en otro orden del tiempo que no tiene que ver sólo con el porvenir, sino también, y sobre todo, con el presente. En palabras de Tagore, «no temáis nunca el instante, dice la voz de lo Eterno». O, como se ha dicho, el cristiano es quien no tiene esperanza del futuro, sino de lo Invisible. Lo Invisible, el ya sí, está presente pero tiene que abrirse. Esta apertura se pone en juego en la cualidad del ahora vivido en estado de entrega, la cual debe llegar a todos los ámbitos humanos y de las demás criaturas de la naturaleza. Así se hará visible el Reino.

«Te bendigo, Padre, porque  
lo has revelado a los sencillos»

(Mt 11,25)

El estremecimiento de gozo con que Jesús pronunció estas palabras procedía de la evidencia de que es inmensamente simple percibir a Dios: es apertura infinita permanentemente ofrecida. Su darse es su revelarse, a cada instante, en cada momento. Los que viven abiertos —los pobres y los sencillos— lo perciben. El corazón inocente, disponible como el de un niño, es el único que puede recibirlo. En palabras de María Zambrano, «todo es revelación, todo lo sería de ser recibido en estado naciente». En cambio, el pensar y el saber altivos interfieren con construcciones de la mente que opacan y limitan esa apertura.

Nuestra capacidad de conocer está en relación con nuestra disponibilidad ante la vida. Para conocer hay que abrirse, lo cual implica dejar entrar. Y para eso hay que desprenderse. Cuanto más se está prendido —sabios y entendidos— más difícil es ese

desalojo. Hay que abandonarse, recuperar la inocencia y llenarse de gozo por la irrupción de tanta Presencia.

A Dios sólo se le puede conocer desde Dios. Como es vaciamiento continuo de su propio ser, sólo se le puede conocer vaciándose de uno mismo, espaciándose para dejarle lugar. Por ello, la revelación se da en los pequeños, en los que viven cediendo su ser de modo que permiten la manifestación del Ser. Esta pequeñez es la que permite no usurpar el misterio de las cosas ni de las personas. Dejar ser a Dios, al mundo y a los demás es lo que permite que se revelen y que muestren todos sus matices y su hondura sin que la propia mirada los contamine. En cambio, cuando estamos saturados de nuestras propias ideas, oímos pero no entendemos y miramos pero no vemos (Is 6,9-10).

«Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo» (Mt 11,27). Ocultar y desvelar son las dos caras de la misma realidad. Lo que es perceptible y lo que queda por percibir están siempre ante nosotros, debido a la inagotabilidad de lo Real. La línea que los separa avanza o retrocede según el grado de apertura. Conocer es con-nacer, dejar que se engendre en uno lo

que es captado por la mente o por los sentidos. Sólo convirtiéndose en Hijo, en puro receptáculo, se puede conocer a Dios como Origen de todas las cosas y de uno mismo. Sólo desde este Origen se puede percibir cómo es engendrado el propio ser y todo lo existente. Por ello, el conocimiento entre El-que-Engendra y el Engendrado es recíproco y cuanto mayor es la apertura, mayor es la comprensión. Abrirse a Dios es dejarse dar a luz en cada instante naciente.

Sólo el amor propicia esa apertura para que se dé el conocimiento, y el conocimiento impulsa entonces a más amor. Así lo comprende Ignacio de Loyola cuando propone «pedir conocimiento interno de Jesús para que más le ame y le siga». Amor y conocimiento son dos dinamismos de salida y de retorno, de *éxtasis* y *enstasis*, que se unifican en el tercer ojo u ojo interior, que es donde se recibe la revelación, en un desalojo cada vez mayor y más profundo. Este adentramiento que sucede entre el Padre y el Hijo, el puro darse del uno en el otro, es lo que trata de comunicar Jesús y lo que le estremece de gozo.

La tradición entiende que esta intimidad entre el Padre y el Hijo es comunicada por aquel en Dios que llamamos Espíritu. De este modo, Pablo puede decir: «A nosotros Dios

nos lo ha revelado por el espíritu, porque el espíritu lo explora todo, incluso las profundidades de Dios» (1Co 2,10). El Espíritu se lo va revelando en la medida en que el espacio interior, cognitivo y afectivo, va siendo tomado por Él. Entonces, estando Dios en Dios, se va dando el conocimiento de uno mismo y de Dios en la persona que se va desalojando de sí.

Lo que el ojo humano no vio  
ni el oído oyó,  
ni el corazón humano imaginó,  
eso preparó Dios para los que le aman  
(1Co 2,9).

La vida intratrinitaria está en la profundidad de todo ser humano, en una inalcanzable cercanía. La trascendencia divina sólo es lejanía para nuestro ego. Cuando se produce el vaciamiento entonces se da el desvelamiento, la revelación.

La verdad que nos libera es saber que no procedemos del capricho de la nada, del azar o de la necesidad, sino de una Fuente indecible de amor, permanente y continua, que Jesús experimentó manando de una profundidad que llamó *Abbá*. Saber que procedemos de tal Origen nos abre a una confianza y a una libertad siempre por inaugurar. De esta verdad brota libertad porque nos revela que la existencia es puro don dado para dar. Lo que nos impide ser libres es el temor a perdernos. Vivimos aferrados a todo sin saberlo, en estado de *shock*. Si descubrimos que la existencia es don, no hay nada que podamos perder, porque nunca lo hemos tenido. Sólo somos sus depositarios. Vivir así nos libera. Pero esta verdad, que es libertad, es difícil de alcanzar y está pendiente de ser desplegada en sus múltiples ámbitos y matices: en los complejos enredos con nosotros mismos, en nuestras relaciones de dominación o de dependencia de los de-

más, en el significado que damos a nuestras creencias y en los códigos de comportamiento que hemos aprendido para contenernos, creando identidades tanto personales como colectivas en las que quedamos constreñidos. Con frecuencia quedamos atrapados en todo ello en lugar de ser alas que nos impulsen a alcanzar mayores horizontes.

La capacidad liberadora de la verdad consiste en conectarnos con la Presencia que da consistencia a cada momento, posibilitando que alcancemos el núcleo de cada situación, persona y cosa sin aferrarnos a ellas. Cuando estamos arraigados en lo real, podemos fluir y co-crear. En cambio, la inautenticidad hace que vivamos en un mundo falso en el que nos replegamos para defendernos por temor a la pérdida.

—¿Qué es la verdad?—, preguntó el gobernador romano ante el Hombre que con su llamada a la libertad amenazaba cualquier forma de poder y que por eso había sido encadenado. Pilatos tenía la Verdad ante sus ojos pero no pudo reconocerla porque no estaba dispuesto a correr el riesgo de ser libre. Las cadenas que ligaban a Jesús no eran sino la exteriorización de su propio encadenamiento a un rol del que no podía prescindir. Ser libres es una ardua tarea. «Tenemos miedo de ser

libres y cuando somos libres damos miedo», dijo hace algunos años Jacques Gaillot, un obispo francés que fue depuesto porque molestaba con sus posicionamientos.

La libertad de Jesús procede de vivir en la evidencia de que cada instante de existencia brota del darse libre y gratuito de Dios. No hay nada que perder y tampoco nada que ganar, porque la vida es pura gratuidad. De aquí nace una libertad soberana que no procede de la arbitrariedad, sino de la gratitud. Esta libertad es fuente de lucidez, lo cual permite adentrarse en más ámbitos de esa Verdad que se propaga por doquier. En palabras de Hadewijch de Amberes, mujer libre del siglo XIII: «El alma es un camino por el que se abre paso la libertad de Dios desde lo más profundo de sí mismo; y Dios es el camino por el que se abre paso la libertad del alma hacia el fondo inalcanzable de Dios, que, sin embargo, alcanza el alma en lo más profundo de sí». La libertad nos adentra en el ámbito de Dios y abre espacios indecibles de comprensión y de actuación. Pero somos seres escasos y, cuando tenemos o comprendemos algo, queremos retenerlo, y así vamos perdiendo parcelas de existencia. La libertad que vivía Jesús le permitió ir más allá de los convencionalismos sociales y religiosos de su tiempo porque bebía directamente de la Fuente.

Sus contemporáneos no pudieron tolerar la interpelación a vivir a la intemperie.

El conocimiento de la verdad se revela como una aventura que implica a la totalidad de la persona. Por eso, la verdad transforma: porque llega a la raíz donde se forma nuestra percepción de la realidad. Pero esa verdad está apenas comenzada. Vivir en verdad nos libera de las diferentes dependencias que bloquean nuestro potencial. La libertad brota del fondo de Dios, de Dios como *ab-solutus*, desligado, sin vínculos que le condicionen. Cuando se está en el fondo de esa verdad, que es la de sabernos en Dios como emanación de su propia donación, uno se desliga de todo aquello que le impide alcanzar el fondo luminoso de su persona y desaparecen los miedos que nos privan de acoger mayor realidad.

La libertad abre más ámbitos de existencia y adentra en profundidades insospechadas tanto de Dios como de uno mismo y del mundo. Si la fuente de la libertad está en saberse de Dios y en Dios, todo está abierto, todo está por ser recorrido, todo es posible y todavía queda mucho por explorar. De aquí la audacia de Jesús y de las personas que han descubierto lo esencial. El precio de su libertad fue su vida. Jesús perdió su vida individual (*biós*) para ganar la libertad de la Vida (*Zoé*) de Dios.

Su vida no la perdió, sino que la ganó para todos, para que dejemos de vivir atrapados en el temor de perder la propia individualidad. Habiendo renunciado a vivir entre límites, nos invita a participar de la libertad sin límites que proviene de vivir desde Dios.

«Pasad a la otra orilla»  
(Mt 14,22; Mc 6,45; Jn 6,17)

**S**iempre hay otra orilla por alcanzar. Quiéramos haber llegado, pero no es así, por fortuna y para salvación nuestra. Llegar supone detenerse, reducir la realidad a nuestras categorías. ¿Cómo podríamos pretender haber llegado a Aquel cuyo ser no tiene confines? Por ello, Jesús impulsó a sus discípulos a pasar a la otra orilla cuando pensaban que le habían alcanzado.

En la primera orilla se había realizado el signo de la multiplicación de los panes. Pero este milagro había provocado malos entendidos. Lo que para Jesús significaba el prelude de la abundancia de los tiempos mesiánicos a causa del contagio del compartir fue interpretado por la multitud y por los discípulos como los poderes y los prodigios de un mago. Habían satisfecho su hambre pero sus deseos no habían sido cuestionados. Nuestras hambres son polimorfos. No sólo nos empuja la legítima necesidad de pan, sino que otras avideces

inacabables nos agitan, nos desesperan y nos endurecen. Aclamaron a Jesús como rey, pero rey de un reino muy estrecho. Él se sacude enseguida de ese polvo porque reconoce la pegajosidad de convertirse en un soberano de esclavos. Jesús no crea dependencias ni se hace dependiente. Es el Señor y el Mesías, sí, pero más allá de nuestras categorías. ¡Qué fácil sería tener un rey a nuestro antojo! Bastaría con adorarlo para creer que le complacemos y así también nos autocomplacemos porque nos aseguraríamos un lugar cerca del trono. Qué fácil sería tenerlo a nuestro alcance, disponible para cuando lo necesitáramos. Cambiarían nuestras necesidades y entonces también cambiaríamos de rey.

Jesús se retiró para discernir lo que había pasado y dejó solos a sus discípulos para que atravesaran el lago. Fue su primera *noche oscura*, desconcertados de que su líder no se hubiera sumado a su entusiasmo. En la oscuridad, en plena tempestad, viven la angustia de sus propios temores y la frustración de sus expectativas. A tientas hacen su primera travesía hacia *otra* orilla, su primera experiencia de discontinuidad entre sus ideas y las de Jesús, entre sus horizontes y los horizontes de Dios. Esto les capacitará para no escandalizarse cuando Jesús se ofrezca a sí mismo como

carne si es que realmente quieren la Vida (Jn 6,32-58). La multitud se alborotará porque no ha dado el paso de reconocer la propia voracidad y abrirse a la alteridad de Dios y de los demás. Siguen buscando a Jesús para que les sacie con cosas, mientras que él sólo puede darles su propia persona. Y eso no es algo que entretenga el hambre, sino que invierte la dirección del deseo: de la autoposesión al recibirse del Otro y entregarse a los otros: «A mí me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo gracias al Padre; del mismo modo, quien me come vivirá gracias a mí» (Jn 6,57). La ansiedad que provoca la necesidad se desplaza hacia la receptividad del Tú, lo cual se convierte en capacidad de donación del propio yo. El verdadero vivir no es estar pendiente del propio pan —«comieron, pero murieron» (Jn 6,58)—, sino recibirlo para entrar en esa vida de Dios: «el Padre vive y yo vivo gracias al Padre». Y esta vida es puro ofrecimiento, don total.

El Cristo interior pertenece al orden del ser, no del poseer. Este giro nos deja a la intemperie. Pero sólo así podemos ir al encuentro de un Dios que no sea invención nuestra sino irrupción de Sí mismo. Hay que dejar la orilla de la aidez para alcanzar la orilla de la donación, así como también hay

que desprenderse de nuestras expectativas mesiánicas y de nuestras ideas preconcebidas de Dios elaboradas por nuestras necesidades psicológicas y mentales. Mientras no sea así, sólo proyectaremos nuestro mundo sobre el Infinito. La noche en el lago es el vacío que se abre entre lo construido por nosotros y lo que está por mostrarse más allá de nuestros minúsculos recintos.

Hay noches menores y noches mayores. Este primer episodio es una noche menor, porque el lago que baña ambas orillas todavía es el mismo. Esta travesía es preparación para la radical discontinuidad que supondrá la Pascua, *pesash*, paso iniciático, donde se habrá de alcanzar otra Orilla, más allá de todo lago que podamos concebir. Habiendo dejado la primera playa, se está algo más preparado para una travesía mayor.

## «Se puso a lavarles los pies»

(Jn 13,5)

«**S**abiendo que el Padre lo había puesto todo en sus manos, y que había venido de Dios y que a Dios volvía [...], tras haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,3.1). No es que el Padre lo hubiera puesto todo en sus manos, sino que Jesús era esas mismas manos, su extensión, su manifestación. En ese venir de Dios y volver a Dios, todo queda colmado de donación por parte del mismo Dios. El itinerario llega aquí al lugar último y más bajo: a los pies de la humanidad. Con este gesto, la revelación prosigue, se intensifica en una dirección insospechada.

El Maestro convertido en Siervo. Alzamos la mirada y no lo vemos, porque ha descendido. Los cielos están vacíos de poder. Para encontrarlo hay que buscar por abajo, hay que decrecer, abajarse hasta lo ínfimo. Entonces lo hallamos a nuestros pies. Quisiéramos postrarnos ante él, pero ha sido él quien se ha

postrado antes ante nosotros. Esto es lo que fascinó a Carlos de Foucauld: «Jesús ocupó el último lugar y nadie podrá arrebatárselo». Este abajamiento ha atraído a todos los seres inocentes de este mundo como el único lugar posible donde pueden restaurarse las relaciones entre los humanos.

Abundan los verbos: «Se levantó de la mesa, se sacó el manto, se ciñó una toalla, vertió agua en un recipiente y empezó a lavar los pies de sus discípulos» (Jn 13,3-5). Dios, más que amor, es amar. Dios no es un sustantivo estático en el que lo podamos retener, sino el dinamismo inabarcable del que todo procede y al que todo vuelve y del que todas las existencias son participación.

Para percibirlo así tienen que alterarse nuestras imágenes de Dios y dejar que se muestre allí donde nosotros no lo sabemos ver. Por ello, el lugar del esclavo se convierte en el lugar del rey, del Rey de aquel Reino donde la donación sustituye a la dominación, posibilitando que el otro pueda llegar a ser sí mismo. Ya no hay amo ni esclavo. El Señor que ha elegido ser siervo libera tanto al amo como al esclavo de sus mutuas dependencias de estar siempre dominando o sometándose.

El gesto de Jesús implica la reciprocidad del dar y recibir, del amar y dejarse amar, tal

como él supo hacer en diversos momentos de su vida cuando se dejó ungir los pies por una prostituta (Lc 7,37-38) o por María en Betania (Jn 12,1-3). En ambas situaciones fue criticado. En el primer caso, porque transgredía las normas sociales y, en el segundo, porque no se comprendió la gratuidad de tanto perfume derramado. Tampoco Pedro lo podía admitir ahora. Si el Maestro y Señor, que tenía que mandar y dominar, se rebajaba y se humillaba de este modo, ¿en qué quedaban el poder y el señorío que Pedro, como líder, esperaba algún día tener?

Pero la fuerza de este gesto tiene un alcance todavía mayor, porque habla del ser mismo de Dios: «El que me acoge a mí acoge al que me ha enviado» (Jn 13,20) y «quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9). Es Dios quien se abaja en Jesús. He aquí la crítica más radical a toda imagen mítica de Dios que le invista de poder. No es que la divinidad se rebaje, sino que la divinidad está abajo, libre de toda pretensión, sosteniéndonos desde nuestra base. Ello supone un giro de ciento ochenta grados para cualquier tentación o error de omnipotencia que podamos tener. Ya no podemos atribuirlo a Dios para justificarnos. Su gesto nos impulsa a descender siempre más abajo hasta desaparecer en lo más pequeño. Jesús,

como encarnación del vaciamiento de Dios, viene de lo máximo y va a lo máximo, y en este proceso pasa por lo ínfimo. En este abajamiento hasta lo último nos incorpora a todos en su retorno al llenarnos con el vaciamiento de sí mismo (Ef 4,9 y Fil 2,7). Así vamos siendo alcanzados por ráfagas del Reino que alteran nuestras categorías de primero y último, de grande y pequeño, de arriba y abajo, porque todo está inmerso y contenido en Él.

Siguiendo este movimiento seremos tomados por aquella extraña felicidad del Reino: «Felices vosotros si hacéis lo mismo». Difícil libertad la de ponerse a servir renunciando a los propios derechos. Pero en este estadio del seguimiento ya se ha empezado a comprender que no hay derecho alguno que reclamar porque todo es percibido como recibido. Sabemos que procedemos de ese Fondo vacío y libre y que sólo se vuelve a Él si vivimos en un continuo desalojo de nosotros mismos.

Todo ello es prelude de los acontecimientos que se precipitarán a partir de aquella noche, donde el ser humano está llamado a reconvertir su imagen de Dios y a comprenderse de otro modo a sí mismo. Sólo perdiéndonos podemos reencontrarnos en un nuevo modo de existencia que ya no está fundado en una autoafirmación que invade la

alteridad porque la ignora, sino en la obertura de quien se sabe siempre en y hacia los demás porque se reconoce a sí mismo como ocasión del darse de Dios. Se habrá de atravesar las tinieblas de esta alteración. Habrá que descender hasta lo más oscuro para renacer a esta nueva comprensión. Pero antes de ello Jesús iba a dejar otro gesto.

## «Tomad y comed»

(Mt 26,26)

La partición del pan es el gesto en el que la tradición cristiana reconoce la actualización de Jesús. Sobre pasados pero sintiéndonos convocados una y otra vez, seguimos celebrándolo dos mil años después con la esperanza de ser configurados por él. Estamos ante un signo primordial y un arquetipo universal: el pan partido y el pan compartido frente al pan arrebatado y estérilmente almacenado para escándalo de los pobres de la tierra. El instinto de supervivencia nos convierte en depredadores. Cristo nos viene a buscar en donde estamos. Conoce nuestra hambre y cómo nos ciega y embrutece cuando no la satisfacemos. Viene al encuentro de nuestras pulsiones más primarias para encauzarlas a un estadio superior.

En el marco de la cena de pascua judía Jesús introduce un gesto profético hecho de tres verbos: tomar, partir y repartir. Resuenan los tres verbos del lavatorio de los pies: tomar el pan se corresponde con levantarse; partirlo,

con sacarse la túnica, y repartirlo, con ponerse a lavar los pies. Es el ritmo ternario del ser.

*Tomar el pan* implica asumirse y aceptar la propia vida. Cada cual debe hacer suya la porción de existencia que le ha sido confiada. El pan contiene costra y miga, duricia y blandura, todo un rico relieve hecho de barrancos y frondosas espesuras, cascadas y tarteras, abismos y cimas. Es el paisaje de nuestro caminar que hemos de aprender a recorrer, reconocer y asumir. Hemos de hacer nuestra la existencia continuamente. No podemos delegarla a otros. Debemos trabajar nuestra parte, apostarla. Se nos confía una porción que es puesta en nuestras manos, como se dice en la parábola de los talentos (Mt 25,14-30). Este *tomar* no es un arrebatarse: «Dio gracias y lo bendijo», transmiten los textos. No es una apropiación agresiva ni defensiva, sino una aceptación agradecida de los dones y las aptitudes recibidos, así como de nuestras limitaciones, dolores y heridas con todo lo que implican y posibilitan. Asumirlo es el punto de partida. Sólo así podemos darnos.

*Partir*. El pan llega a ser plenamente pan cuando se abre y desprende toda su fragancia. Un pan sin partir queda encerrado y aislado en su propio contorno, olvidado en un cajón; se reseca y acaba haciéndose incomible. Del

mismo modo, el talento enterrado queda estéril, como el grano de trigo que no muere (Jn 12,24). Somos para darnos. Tal es la razón de existir: refluir desde nuestro ser hacia los demás. Pero partirse no es dividirse. En cada trozo sigue habiendo la misma calidad de pan, tal como Cristo está plenamente en cada fragmento. Partirse no es desintegrarse, sino desplegarse, compartir el ser que se es. Pero ello no se produce sin desgarro, sin algún tipo de pérdida o de muerte, como sucedería si preserváramos intacta la propia forma. Hay que dejarse abrir.

*Repartir*. El darse expande el ser, lo irradia y perpetúa más allá de sí mismo. La fractura de la partición alcanza a los demás haciendo que uno ya no viva en sí mismo ni para sí mismo, sino en, para y hacia los otros. El pan se adentra en cuerpos y vidas ajenos y los alimenta, y así alcanza la plenitud de su ser pan: cuando, desapareciendo, se ha convertido en energía para otras vidas. Así Jesús: su cuerpo-pan se convierte en nuestro cuerpo, y él ya no está fuera, sino dentro. Lo mismo el vino-sangre: la copa existe para contener y para verter. De allí procede la sangre de la nueva alianza, la sangre del perdón que nos libera de quedar retenidos en nosotros mismos, bloqueados y crispados en la defensa de

nuestros campos de trigo, de nuestras viñas y nuestras bodegas. La sangre derramada es la vida entregada sin retener nada. Existencia vertida, ofrecida por el Hijo a través del cual se está dando la Fuente que le origina. El Cordero se ofrece para evitar que haya otras víctimas. Su inocencia nos embriaga despertando el anhelo de vivir sin dañar a nadie ni a nada. Intoxicados por la fragancia de ese pan y por el aroma de ese vino, podemos empezar a olvidarnos de nosotros mismos y entregarnos como él en los demás.

Al mismo tiempo, en cada eucaristía se produce una transfiguración cósmica de los objetos comensales y de los alimentos que están servidos: el trigo y las uvas, y, a través de ellos, la tierra, la lluvia y el sol, las estaciones del año, el trabajo de tantas y de tantos... Todo conspira para convertirse en materia de cristificación. La vida se revela y se celebra como un manar continuo, incontenible, como un derramamiento de posibilidades que proceden del ser mismo de Dios a través de esas sustancias primordiales. Y todo ello en el contexto de la gran metáfora de la Pascua judía: el paso de la tierra de la retención —la esclavitud en Egipto— a la tierra de la donación, que mana leche y miel.

En estos tres verbos todavía hallamos más: la resonancia del Dios tri-unitario. El *tomar*

está asociado al Padre, en cuanto que todo procede de Él; a Él remite el recibir y asumir el propio ser manando del Origen. *Partir* es abrir, lo cual evoca el engendramiento del Hijo, que es el revelarse del Padre, su despartenecerse comunicándose, su manifestarse perdiéndose, y *repartir* es expandir, lo cual se corresponde con la irradiación del Espíritu que se extiende más allá de los límites de cada contorno. Cada una de las tres *Personas* está en las demás, posibilitándolas e impulsándolas. La energía de los tres verbos revela la estructura triádica de lo Real, el desplegarse de la vida en estos tres tiempos del ser y del existir: asumirse, entregarse y expandirse. O, dicho de otro modo, llenarse y vaciarse para vivirse más allá de sí.

Participar de la eucaristía implica adentrarse en este dinamismo que se va profundizando a medida que se participa de él. Y así se va dando una doble transustanciación: la del pan y el vino en cuerpo y sangre del Cristo cósmico y la de nosotros, depredadores, en holgajas y copas de donación.

«Que no se haga mi  
voluntad, sino la tuya»

(Lc 22,42)

**L**as opciones del ser humano se extienden entre dos confines: Edén y Getsemaní. Allá, en el Paraíso, el jardín mítico que atraviesa todas las edades y todos los lugares, el ser humano no supo ni sabe aceptar sus límites. Hemos recibido la vida como don pero somos incapaces de esperar a recibir el fruto del Árbol que hay plantado en el centro del jardín. Ese fruto es intocable porque indica el núcleo sagrado de cada persona y de cada cosa. La prohibición es un modo de asegurar la demarcación de los límites para que nadie se apodere del cofre que cada uno custodia. La avidez nos impacienta y acabamos invadiendo el espacio ajeno, arrebatando un don que no nos pertenece, sino que está confiado a la alteridad. Se desintegra así la armonía del Paraíso y nos condenamos a nosotros mismos a vivir en el exilio. Sospechamos unos de otros y nos acusamos mutuamente por nuestras transgresiones entre árboles muti-

lados sin frutos que nos nutran ni hojas que nos cobijen.

No podemos apropiarnos de la vida. No podemos arrancarla. Sólo la podemos recibir. En Getsemaní, el Hijo del hombre renuncia a su pulsión de apropiación —hacer su voluntad a toda costa— para entregarse a una Voluntad que le sostiene. Getsemaní está a las puertas de Jerusalén, ciudad de la paz, puerta del Paraíso para la tradición hebrea. Para pasar por ella hay que ceder a la propia voluntad de afirmación y renunciar a toda forma de arrebatamiento: «No vine a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 5,30); «el que me envió está siempre conmigo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8,29).

Pero este *hacer* la voluntad de Dios es todavía un verbo incompleto. Lo que está en juego no es *hacer* la voluntad de Dios, sino *ser* su voluntad. Y ésta no es otra que Dios llegue a «ser todo en todos» (1Cor 15,28). Para ello, las criaturas se han de desalojar de sí mismas. Tal es el misterio de existir: se nos da el ser a través de una existencia individual para que aprendamos a abrirnos, de modo que, convertidos en receptáculos, seamos la manifestación de su Ser.

Sutil es la frontera semántica que separa la divinización del endiosamiento, pero opuestos

son sus dinamismos. El endiosamiento lleva a la absolutización del yo, mientras que la divinización conduce a su olvido en el Tú de Dios y de los otros, en una donación cada vez mayor. En Jesús reconocemos la divinización del hombre, no su endiosamiento. Aceptar *ser* la voluntad del Padre le supone dejar de autoafirmarse frente a los que le quieren exterminar. Los diversos poderes conspiran contra el Inocente que anuncia un modo de vivir sin poder. Se desatan los miedos ancestrales de los hombres acostumbrados a ejercer con violencia su voluntad para protegerse de la agresión de otros.

La cruz es un Árbol sin hojas que se alza en el exilio, fuera del Edén y de las murallas de Jerusalén. De él colgará un Fruto que mordemos y arrebatamos de nuevo, pero del madero desnudo se abrirán las heridas que dejarán entrar en la inocencia perdida. Son pasaje hacia la vida porque han sido hendidas en una carne que ha renunciado a vivir para sí. Sobre las ramas del Árbol pende el cuerpo del Siervo-Cordero. El Fruto de este Árbol es medicina para las naciones (Ap 22,2), porque nos sana precisamente allá donde estamos heridos de muerte. El Inocente, al renunciar a imponer su voluntad, nos cura porque permite manifestar lo que es el núcleo de nuestra enfermedad: esa

pulsión de apropiación que nos impide percibir cualquier modo de alteridad porque nos hace prisioneros de nuestra avidez. Renunciar a nuestra voluntad es desgarrador en un exilio en el que para sobrevivir nadie se atreve a dar el primer paso de ceder. Hay que dejarse atravesar por la luz del Paraíso que tiene forma de espada de fuego (Gn 3,24) para proteger la entrada, de modo que ninguna afirmación impura del yo tenga acceso y pueda devastar el Árbol de la vida. Dejando caer las diversas formas de autocentramiento, se reestablecen las relaciones sin egos. De otro modo no se entra en el Reino, sino que seguimos estando en el exilio. En el Paraíso no hay sitio para los yoes, sino que es un estado de existencia donde se pronuncia siempre un tú antes que decir yo.

En Getsemaní, Jesús recibe esa fuerza de donación que le permite olvidarse de sí mismo. Se dispone a vaciarse para convertirse en la copa que ha dado a beber. No se le ahorran las etapas comunes que viven los humanos, las fases del duelo antes de que pueda abandonarse: rebelión, negociación, depresión y, finalmente, rendición. Nada le es evitado al Hijo del hombre porque precisamente para y por esto lo es. Rendir el yo es terriblemente doloroso. Sabe que ceder del todo el propio

espacio le llevará a morir, porque sus adversarios no están dispuestos a renunciar a nada de lo que han conquistado, a nada de lo que han arrebatado.

Sólo así podrá advenir lo nuevo. Sólo renunciando a la propia voluntad, Getsemaní puede convertirse en el jardín del Reino.

## «Éste es el Hombre»

(Jn 19,5)

**M**irando a los ojos de los hijos de los hombres se sabe si han comido y comen del sacramento del Búfalo o si, por el contrario, participan del sacramento del Cordero. Por su mirada se puede saber de qué nutren su ser.

Después de ser juzgado impunemente, de ser insultado, azotado y humillado, el Inocente es expuesto ante la multitud, representando al número indecible de víctimas que han sido masacradas por los comensales del banquete del Búfalo. ¿Qué hay en el ser humano que lo hace capaz de humillar y torturar hasta aniquilar a su semejante? ¿Qué oscuras fiebres se desatan, qué pesadillas podemos llegar a provocarnos mutuamente?

*Ecce Homo*, «Éste es el Hombre», evoca el título del relato autobiográfico de Primo Levi sobre los campos de concentración, *Si esto es un hombre*. «Llegó la noche, y fue una noche tal que se sabía que los ojos humanos no habrían podido contemplarla y sobrevivir»,

se lee en un lugar determinado. El autor acabó suicidándose.

Ante el horror del mal y del sufrimiento, la fe cristiana se queda en silencio contemplando el abajamiento de Dios: «Siendo de condición divina, se vació de sí mismo tomando la condición de esclavo [...] y se abajó hasta la muerte, hasta una muerte de cruz» (Fil 2,6-8). Dios, en Cristo, nos alcanza en el lugar más ínfimo hasta desaparecer. Hay que dejarlo descender hasta el inframundo de la historia personal y de la historia colectiva y ser restituidos desde allí. Sólo así la *anástasis* de Adán y Eva representada en los iconos ortodoxos será completa. Para que este rescate sea total, nada puede quedar al margen. El Hijo del hombre tiene que identificarse con todas las situaciones humanas e infrahumanas que vivimos y que nos provocamos unos a otros. De aquí que tuviera que conocer en su propia carne el dolor deshumanizador de las víctimas. Nada le fue ahorrado. «Aun siendo Hijo, aprendió a obedecer por lo que padeció» (Heb 5,8). Obedecer (*ob-audire*) significa escuchar la realidad en lugar de huir de ella, una ardua tarea que los humanos tenemos que aprender cada vez. Afrontar lo que se le presentaba sin rebelarse, sino entregándose, es lo que permitió que la opacidad fuera horadada.

Se ha dicho que el dolor es sacralidad salvaje. Nos sana de su salvajismo mirar cómo Jesús, atravesado de dolor, traspasa ese dolor dejándose abrir porque todo él es pasaje de la donación de Dios. Nos salva fijar nuestra mirada en él, el *Ecce Homo*, dejándonos a la vez mirar por sus ojos mansos y profundos. Así, sus heridas nos van sanando (Is 53,5).

«Por medio del padecimiento, llegó a la perfección» (Heb 2,10). Perfección significa completitud, culminación de lo que estaba llamado a ser y a revelar: que todos somos uno, que el destino de uno es el destino de todos, aunque en la superficie vivamos aisladamente y en soledad cada situación. Su identificación y su solidaridad con el dolor humano lo convirtió en el hambriento, en el preso, en el enfermo, en el desnudo según se nos mostrará al final de los tiempos. Vaciado de su individualidad, se convirtió en todos para revelarnos que somos uno.

Comprender que el sufrimiento puede ser camino de transfiguración constituye una de las claves de nuestra fe y también de la experiencia humana universal. Con frecuencia hemos de llegar hasta lo más oscuro para poder despertar; hemos de tener delante el resultado de nuestros más sombríos apetitos para poder darnos cuenta de hasta dónde nos

podemos deformar y descubrir el daño que causan y que nos causan nuestras pulsiones cuando no las sabemos contener.

Sólo el Cordero que sangra puede abrir los sellos que mantienen cerrado el Libro de la Vida (Ap 5). La Vida no puede ser forzada o arrancada. La vida sólo puede volver a la vida por el don que hacemos de ella. Nunca ha sido nuestra. Nadie se puede apropiarse de lo que no comienza ni acaba, aunque en cada uno de nosotros tome el contorno de nuestro rostro y de nuestra existencia. Esta donación es participación de la entrega que Jesús hace de sí y de la que Dios hace de sí mismo en él. Por ello, sólo el Cordero degollado puede, con su sangre roja y líquida, diluir la cera también roja pero endurecida que impide abrir el pergamino sin rasgarlo. Si lo forzáramos, se nos desgarraría entre las manos como el fruto del Árbol del Paraíso. El Cordero desciende libremente y se expone como única alternativa. Así se rehumaniza el ser humano: sosteniéndose en la mansedumbre de la no-violencia ante el ataque deshumanizador del agresor deshumanizado.

Jesús había pedido de beber a una samaritana junto a un pozo después de una jornada de camino por regiones desérticas. Ahora, al final de la jornada de su vida, vuelve a tener sed en un desierto más hostil: colgado de la cruz, experimenta la ausencia de todo consuelo.

La sed de Jesús en la cruz es, primeramente, sed de agua. El ser humano es contingente, sometido a la carencia y a la necesidad. El cuerpo de Jesús, deshidratado por el sudor y la pérdida de sangre, no permite poetizar. Su privación acuciante evoca las necesidades primarias que urgen a muchos y que desatendemos despreocupadamente. Jesús tiene, pues, sed de agua. Pero también de mucho más. Su sed es el deseo que Dios tiene del ser humano y el ser humano de Dios, sea cual sea el nombre que le dé a su aspiración última. Jesús está extendido entre ambas sedes: de lo humano y de lo divino. Su ser teándrico le hace desear juntar las dos orillas de las que él es puente.

Tenemos sed de Dios, sed de ser y sed del Ser, y Dios tiene sed de nosotros, sed de que le alcancemos, sed de que seamos humanos y hermanos, y de que no dejemos a los demás pasar más sed. En el exilio del ser, este anhelo se experimenta en forma de carencia radical, de tormentosa necesidad. Es tarea de todos atendernos en nuestras necesidades, interpretarlas, adivinarlas antes de que sea demasiado tarde.

La paradoja del grito de Jesús es que con su sed nos da de beber: «Quien tenga sed que se acerque; el que quiera que coja de balde agua viva» (Ap 22,17). Las aguas primordiales brotan del Árbol de la Vida que da doce frutos, uno para cada mes. Y las hojas del Árbol sirven para curar a las naciones (Ap 22,2). Ello suscita nuestro anhelo: «Dicen el Espíritu y la esposa: “¡Ven!”». Dice el que escucha: “¡Ven!”» (Ap 22,17). Desde el cielo se desea a Jesús para que traiga consigo a la humanidad completa y desde la tierra —la esposa del libro del Apocalipsis— se tiene también anhelo de Jesús para que nos sumerja en su divinidad. Tenemos sed de que venga Quien revela la plenitud de lo que somos pero que tantas veces desaparece en oscuras fuerzas que nosotros mismos desatamos. Hemos bebido por un momento de la Fuente pero nos hemos retirado. Otros brebajes nos

intoxicarán. A pesar de todo, no se extingue nuestro anhelo por lo verdadero. Esta sed de Él, este clamor irresistible, es la ocasión para discernir la cualidad y la dirección de nuestros deseos. Para ello, hemos de confrontarnos con el rostro desfigurado del Crucificado y de los crucificados de la tierra. Sólo así se puede manifestar en toda su radicalidad lo que sucede cuando nos saciamos con otras bebidas que apagan la sed primordial.

Seguimos teniendo sed de esa Otredad que nos constituye. Somos seres carentes hechos de anhelos infinitos. Sólo Dios puede saciar esa brecha inacabable que hay en nosotros y que Él mismo ha abierto al habernos hecho a imagen suya. Tenemos sed de que se restaure en nosotros el Rostro original. Siendo su imagen, sólo Él puede colmar lo que ansían ver nuestros ojos, oír nuestros oídos, palpar nuestra piel, saborear nuestro paladar. Por ello, tenemos sed de Él. Deseo de lo Único necesario, anhelo de ser embriagados de lo divino.

Nos ofrece entonces el vino, que se derrama por el cáliz de su cuerpo. ¿Quién es capaz de acercarse a beber de la sangre que le hacemos derramar? ¿Qué extraño intercambio es el de este vino que sangra por su cuerpo para calmar nuestros más hondos anhelos y colmarnos del infinito darse de sí mismo? Al

perder sangre tiene sed de que tengamos su sed y bebamos lo que la provoca: su darse. Atraídos por la bebida que recorre su cuerpo y gotea hasta nosotros, nos acercamos con besos tímidos para sorber algo de él.

Jesús tiene sed de que nos embriaguemos de la sed de su darse para que seamos donación como él. Sólo así podremos entrar por las puertas que él abre. Desea que bebamos de él y compartamos con él el amor que le permite derramarse en la cruz posibilitando un nuevo modo de existencia. Tiene sed de que entremos por la puerta que él abre porque sabe que es la única que puede conducirnos a la vida que anhelamos. Al ser rasgado su pecho manó agua y sangre (Jn 19,34), los líquidos de la placenta que nutren a la nueva criatura. Por ello, Cristo también es madre. Su sangre proviene de la matriz que nos permite renacer.

¡Ven, Señor Jesús, y aplaca nuestras sedes! Que tu sed sea nuestra sed para que no tengamos otras sedes. «Mátenos tu presencia y tu figura!», que sin ti no podemos vivir.

«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»

(Lc 23,34)

**E**n hebreo, perdonar (*slh*) significa verter, erosionar. La cruz es un manantial por donde ese perdón se derrama. La etimología de la palabra latina, *perdonare*, también aporta luz. *Per* es un prefijo de sobreabundancia que, adherido a *donare*, redimensiona su significado: dar sin medida, sin límites, sin proporción respecto al que recibe. Sólo en Dios es posible esta generosidad inagotable, y, por ello, en la mentalidad bíblica únicamente Él tiene la capacidad de perdonar. No porque detente un poder que no quiera compartir, sino porque es la Fuente del ser capaz de recrear incondicionalmente una y otra vez sin agotarse a sí mismo. Perdonar es seguir dando y la donación de Dios está aconteciendo en Jesús. Allí donde nosotros matamos, Él responde dándose todavía más. Cuanto mayor es nuestra capacidad de destrucción, mayor es su donación. No hay venganza ni juicio por parte de Dios, sólo su *per-don*, un don mayor.

El perdón no disimula el mal, sino que comporta su más radical superación. El mal, en cualquiera de sus formas, es la destrucción de la vida provocada por la absolutización del yo que lleva a devorar todo lo que se opone a ese autocentramiento. Cuando entramos en su espiral, dejamos de saber lo que hacemos y va aumentando nuestra capacidad de devastación. Ciegos de angustia y de dolor, seguimos destruyendo y autodestruyéndonos. Frente a ello, se alza el Crucificado, el Hombre-Dios, inerme, desarmado, desnudado de todo. Con los brazos extendidos no sólo implora el perdón de Dios, sino que es ese perdón que «lo excusa todo, lo aguanta todo, lo soporta todo, lo espera todo» (1Cor 13,7). Recibirlo nos sana porque nos rocía con el unguento del Ser que nos restituye a nosotros mismos. Múltiples pasajes de la vida de Jesús hablan de esta transmisión del perdón sanador que rescata del ensimismamiento infernal que nos asfixia.

Tendemos a ver la cruz como una amenaza o una condena, cuando precisamente es una revelación. Nos apartamos de ella en lugar de adentrarnos en lo que allí se nos ofrece. El sentimiento de culpa nos encierra en nosotros mismos y nos convierte en seres blindados, enzarzados en mutuas e inacabables acusacio-

nes. No sabemos lo que hacemos cuando nos negamos a recibir este perdón, porque quedamos todavía más acorralados en un círculo que se va estrechando más y más.

Allí donde nosotros llevamos hasta el extremo nuestro instinto de muerte, él abre las puertas de la vida. Jesús, invocando este perdón por nosotros, se convierte en el canal por el que Dios puede llegar hasta nosotros.

El Siervo-Cordero nos libra de la pulsión de apropiación y depredación —origen de la oscuridad del mundo— con su manso y determinante ofrecimiento. El Crucificado nos salva permaneciendo tenazmente no-violento en medio de nuestros arrebatos, indicando el único camino que puede detener esa devastación. Es alzado para atraer a todos los seres hacia sí (Jn 12,32). Esa atracción no es una nueva sustracción, no es un nuevo empoderamiento, sino la revelación de la única salida posible: el ofrecimiento de sí mismo.

Jesús ha renunciado a toda pretensión de decir «mí» o «mío». Nuestra ignorancia está en detentar el yo como una posesión. El yo de Jesús está en el Padre y en los demás. Su yo es ese vaciamiento, ese *per-don* que le atraviesa porque está abandonado de sí. Nosotros, en cambio, queriendo retener el ser, lo desgarramos. No sabemos lo que hacemos

porque no sabemos lo que somos. Somos la oportunidad del darse de Dios. Cuando alcanzamos a saberlo se calman las confusiones y las compulsiones que surgen de nuestro olvido. La ansiedad provocada por la ignorancia nos hace dirigir nuestra angustia contra los demás, agrediéndonos mutuamente hasta destruirnos. El *per-don* que invoca Jesús desde la cruz es el don de recordarnos nuestra esencia para que nos reconozcamos receptáculos del Ser. Cuando olvidamos que sólo llenando de Dios nuestra carencia constitutiva podemos colmar nuestro vacío, nos convertimos en fieras y nos lanzamos unos contra otros.

Mientras tanto, el Inocente permanece alzado, contemplando el paisaje desolado de nuestra autodestrucción, atrayendo la mirada hacia él para recordarnos tanto lo que somos como lo que podemos provocarnos los unos a los otros cuando lo olvidamos.

El juicio de Dios sobre el mundo es, pues, su perdón. Y el perdón de Dios al mundo es la resurrección de Jesús. *Per-donando*, Dios nos asume en Jesús. Jesús es el perdón del Padre, es Dios mismo dándose en él una y otra vez para que podamos retornar a través de él.

«En tus manos  
entrego mi espíritu»

(Lc 23,46)

**E**n el modo de morir se refleja cómo hemos vivido. En ese último momento recogeremos todo lo que hemos sido. En palabras de Rilke: «Señor, da a cada cual su muerte, su muerte adecuada, una muerte que salga verdaderamente del fondo de nuestra vida... Porque nosotros, los mortales, no somos más que la corteza y la hoja. Y todo tiende, entre los humanos, como el fruto natural, hacia la gran muerte que cada cual lleva en sí». Jesús murió como vivió. Su muerte fue la culminación de su vida. La fuerza salvífica de la Pasión no radica en que Jesús sufriera y muriera, ya que todo ser humano ha de pasar por el sufrimiento y por la muerte, sino en cómo sufrió y en cómo murió: totalmente descentrado de sí, excusando a sus agresores, sin rencor, sin desesperarse, aunque, según la versión de Mateo y Marcos, murió con un grito desgarrador. Con grito o sin grito, no sabemos. Ambos modos son significativos. Unos

preferirán la emisión de ese grito porque verán condensados en él los clamores de la humanidad. Otros preferirán su omisión porque en ese silencio reconocen la aceptación pacificada del absurdo del dolor, de la injusticia y de la muerte. Cada evangelista pone sus acentos porque los contextos de las comunidades para las que escribieron eran diferentes, como son diversas las sensibilidades según las personas, los lugares y los tiempos.

Pero este grito-silencio no es exterior a Dios, sino interior. Es el grito y el silencio de Dios a Dios abarcando a todos los seres. Nada sucede fuera de Dios, sino en Dios. La Trinidad *ad intra* sigue existiendo en el momento de la cruz vertida ahora radicalmente hacia afuera. En la cruz más que nunca. El silencio de Dios en la cruz es su suprema manifestación, expuesto en puro vaciamiento, sosteniéndolo todo e indicando que el único modo de reconocerlo es entrando en ese mismo despojo. Hablamos de cosas que nos exceden, pero nos atrevemos a hacerlo porque esta fe ha dado vida a muchas generaciones que nos preceden y seguirá dándola a las que nos sucedan.

En el evangelio de Juan se dice: «Jesús, inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30). El verbo utilizado es *paradidomi*, el

mismo que aparece cuando Jesús es entregado a los que van a crucificarle (Jn 19,16). Estamos ante la misma extrema pasividad, ante la misma no-resistencia. Entregándose a sí mismo, Jesús transmite el Espíritu. El Espíritu es el dinamismo intradivino que nos introduce en el misterio de Dios a través de Jesús. En el cuarto evangelio, Cruz, Resurrección y Pentecostés son simultáneos. Son diversos aspectos del mismo acontecimiento, las diversas notas del mismo acorde.

Jesús, entregando su espíritu, renuncia a todo adjetivo y a todo pronombre posesivos. Ya no le queda nada suyo. Con su muerte ha trascendido por completo su individualidad. A partir de ese momento entra en otro estado de existencia. Perder nuestro yo nos provoca pánico y una angustia indecible. Sin embargo, este despojo es el único pasaje para alcanzar otra forma de vivir que está más allá del yo. Sólo rindiéndonos, abandonándonos del todo, podemos acceder a un modo de ser que está más allá de nuestra autorreferencia. Para ello hemos de aceptar nuestra muerte. La cruz es el lugar de encuentro de dos vaciamentos: lo divino en lo humano y lo humano en lo divino. Tal confluencia abre las puertas a la Vida.

En el momento en que Jesús expira, el centurión romano, un *pagano*, exclamará:

«Éste sí que era el hijo de Dios» (Mt 27,54). En el evangelio de Mateo se trata de la primera confesión cristológica después de la de Pedro (Mt 16,16). Del mismo modo que el centurión romano tiene la disponibilidad interior de corazón para reconocer el destello de lo divino más allá de su religión, también nosotros estamos llamados a la misma obertura: a reconocer más allá de nuestro sistema de creencias destellos de donación, se den donde se den y con el nombre que sea. El universal fulgor cristofánico acontece en toda forma de vivir y de morir donde uno ha dejado de ser el centro para convertirse en pasaje de vida para los demás. En otras tradiciones también se habla de esta extinción para poder entrar en la realidad plena: *faná* en el islam, Gran Muerte en el budismo zen, etcétera. Las tradiciones religiosas acompañan al ser humano en la oscuridad de la pérdida y conducen a la apertura infinita que se abre tras ella.

Estamos ante una de las mayores paradojas de nuestra fe: como cristianos no podemos apropiarnos de Quien es absoluta desapropiación de sí. Jesús, siendo el camino para la vida, nos impulsa a reconocer los demás caminos hacia la misma Vida que están abiertos en la medida en que en ellos también se da la desapropiación. En Jesús no hay ningún *yo*

exclusivo ni excluyente. Muere porque fue matado por los que no aceptaron esa forma abierta de existir. Por su muerte en cruz, expulsado de la ciudad mesiánica que no le reconoce como mesías, la vía queda abierta para siempre. Allí donde nosotros cerramos, la cruz abre. La cruz es una obertura inacabable e inalcanzable frente a los muros que nosotros alzamos. ¿Cómo abre la cruz? Suscitando la entrega. Por ella nuestra vida es liberada y el Dios que parece oculto dejando morir a Jesús se revela presente al sostenerle del modo como muere.



## «En un sepulcro nuevo»

(Jn 19,41)

**E**l sepulcro representa el tránsito entre lo antiguo y lo nuevo. Al cerrarse el atardecer del viernes se acababa un ciclo. Al abrirse la madrugada del domingo se inaugura un comienzo. Cuentan los relatos que las mujeres quedaron confundidas y llenas de espanto al encontrar la tumba vacía cuando iban a acabar de embalsamar el cuerpo de Jesús. Les habían arrebatado el único consuelo que les quedaba. Corrieron a comunicarlo al resto del grupo. Pedro y Juan se apresuran a ver qué ha sucedido y Juan llega antes que Pedro. Con este adelantamiento se está significando que la comprensión cristológica que tenía la comunidad joánica era más audaz que las demás, representadas por Pedro. Con todo, Juan le deja paso, por respeto a su autoridad y a su ancianidad. Pedro entra, ve los lienzos que envolvían el cuerpo de Jesús, pero no comprende. Juan, en cambio, «entró, vio y creyó» (Jn 20,8). Este saber interpretar los signos es

la tarea siempre por retomar de la experiencia creyente, tanto personal como comunitaria. Las señales están ahí, en el vientre abierto del mundo. Signos que pueden ser muros mudos y detenernos en el pasado, o que pueden ser umbral de nuevas significaciones. Volvemos una y otra vez al sepulcro, al lugar donde tuvimos las últimas pistas o noticias de Alguien. Allí podemos quedarnos con las viejas interpretaciones o bien podemos disponernos a que irrumpa lo inédito.

El Sábado Santo es el tiempo de un embarazo: el segundo engendramiento de Cristo. Si la gestación de Jesús fue la introducción de Dios en la carne humana, en el *Sábbat* se gesta la divinización del ser humano y de la historia en la carne de Dios. El sepulcro es el vientre de la tierra donde ha sido depositado el cadáver de Jesús. En ese cuerpo inerte, torturado y deformado, se producirá una metamorfosis. Allí se divinizará la materia. Toda la creación, contenida en la corporeidad de Cristo, está llamada a resucitar. El Verbo se ha hecho carne para que la Carne se divinice. Todo ello sucede secreta y simbólicamente entre el *Sábbat* y el alba de una nueva creación. La tierra está amenazada y embarazada de resurrección.

El sepulcro era nuevo, precisan los textos, como virgen era el vientre de María. Dispo-

nible, inocente, libre. La vaciedad como posibilidad, como fecundidad: «Feliz tú, llena de gracia, porque estás vacía de ti misma. Tu espacio interior te hace matriz del Verbo, de la Palabra por la cual Dios se historiza». Así como las entrañas de María albergaron el primer nacimiento de Cristo, las entrañas de la tierra y de la historia albergan las semillas de su segundo nacimiento. Tenemos a Cristo dentro de nosotros esperando resucitar. La naturaleza sabe de algunas transformaciones: la relación que existe entre la semilla y la planta (1Cor 15,35-49) o entre el gusano y la mariposa. Continuidad en la casi absoluta discontinuidad. Si tenemos imágenes de ello en la misma naturaleza, ¿por qué no dejar abiertas metamorfosis de un orden superior?

Seguimos corriendo en la madrugada de la humanidad. Unos van más rápido y otros, más lento. Pero la comunión entre unos y otros no debiera perderse, porque todos somos convocados por los mismos signos que tienen significaciones latentes. La piedra se corre y se abre un espacio que engendra lo nuevo. Lo Inesperado irrumpe desde ese vacío. La interrupción ha sido necesaria para que se diera un cambio de nivel. Por ello, era virgen el sepulcro, para que esa oquedad recibiera con toda su capacidad la semilla de lo inédito.

Cada palabra, cada texto, cada comprensión o formulación es una semilla-cuerpo que muere para renacer en un nivel más diáfano de significación. Sucede de pronto, sin esperarlo. Se aparta la piedra e irrumpe lo que había germinado en silencio. Cada cual está llamado a dejar que se geste Cristo en su interior y permitir que Él llene del todo ese vacío. El sepulcro es cuna de vida nueva, de humanidad inaugurada por una Presencia naciente. Todo está grávido de resurrección.

«Mujer, ¿por qué lloras?...  
No me retengas»

(Jn 20,15.17)

Es necesario concluir bien los duelos. De otro modo, corremos el peligro de que la inercia del pasado nos prive de reconocer lo que adviene. El llanto de María Magdalena ante el sepulcro vacío expresa el desgarramiento ante lo que hemos perdido. Por ello, nos es tan cercano su dolor y nos conmueve tanto su desconsuelo. Le ha sido arrebatado su mundo. Con la muerte de Jesús y la desaparición de su cuerpo ya no le queda nada de lo que daba sentido a su vida, nada de lo que le había devuelto la razón de existir.

Nuestros llantos, como el suyo, la mayoría de las veces son por nosotros mismos. Quedamos atrapados en la angustia de la pérdida y se alarga nuestro dolor, incapaces de acoger lo que nace a través de esa privación. Lo inédito irrumpe de un modo tan ajeno a lo que conocemos que somos incapaces de reconocerlo. Sólo conocemos re-conociendo. Las imágenes que tenemos nos sirven a la vez que nos privan

para recibir lo que adviene. No tenemos dónde incorporar lo que es demasiado nuevo.

Necesitamos referentes. La presencia de Jesús para María y los primeros discípulos había sido tan cercana, tan cálida, tan tangible. Pero eso era sólo el primer paso de un seguimiento que iba a llevarles mucho más lejos de lo que habían previsto, a un modo de comprender a Dios, a sí mismos y al mundo completamente distinto. Todo había desaparecido de pronto, sin darles tiempo a reaccionar. Como María, también nosotros lloramos la pérdida de determinadas imágenes de Dios, así como asistimos a un duelo colectivo por la disminución de la relevancia del cristianismo. Nos cuesta sostenernos en este vacío. Esta tristeza nos impide reconocer las nuevas manifestaciones del Resucitado, con formas y nombres que no son los nuestros.

Lo Nuevo adviene de un modo inesperado y al mismo tiempo extrañamente familiar. Siendo el Totalmente Otro, es al mismo tiempo la mismidad de lo que siempre ha sido y somos sin saberlo. Por ello, nos conmueve cuando nos roza. El Resucitado pronuncia la sustancia de nuestro ser y la despierta. El reconocimiento se produce en el centro de cada cual, allá donde sentimos que es invocado nuestro nombre. Al despertarnos, abre

nuestras posibilidades latentes y también de la realidad toda hacia una nueva espaciosidad. Los relatos de las apariciones son irrupciones de una Presencia que es externa e interna a la vez, cuyos efectos son siempre los mismos: abrir frente a la cerrazón, desplegar frente al replegamiento, impulsar frente a la inercia y a la regresión. «¿No ardían nuestros corazones mientras nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). Nuevas significaciones que se iluminan con los fulgores de otra luz.

Necesitamos ser alcanzados en nuestra hondura, allí donde mente y corazón son uno, para recibirle y reconocerle no sólo resucitado, sino también resucitando. Esta irrupción adviene, pero hay que disponerse y dejarse afectar de manera que transforme la totalidad de nuestra persona: la afectividad y la inteligencia, la memoria, la sensibilidad y el deseo. Hay que dejarse tomar por los efectos de la resurrección y que nos vayan abriendo a realidades inéditas que ya están aquí pero que no sabemos ver.

Soltamos pero seguimos aferrados. El amor con el que nos damos es el mismo con el que retenemos. María Magdalena, si bien reconoce con un gozo limpio a Jesús y se postra ante él, también lo retiene y lo reclama. Este doble movimiento de aclamación y

reclamación, de entrega y de posesión, está en toda fórmula de fe. Por un lado, nos acerca al misterio en la medida en que nos permite ponerle nombre y forma, pero al mismo tiempo lo limitamos y empequeñecemos en la misma formulación que nos acerca a él.

Seguimos atados a inercias que nos frenan. En esta pascua colectiva que estamos pasando nos resistimos a quedarnos sin imágenes de Dios. Tenemos la tentación de retener las antiguas y ello nos priva de un Dios mayor. La resurrección de Jesús nos introduce en un dinamismo que apenas ha comenzado. El nuevo estado de existencia que inaugura no puede agarrarse entre las manos, ni con los sentidos, ni con la mente, ni con las palabras, ni con los conceptos. Podemos indicarlo en lontananza, y para ello disponemos de los dogmas, que no son fórmulas estáticas en las que pudiéramos encerrar a Dios, sino señales en el camino que indican una dirección a seguir para adentrarnos en un Misterio siempre mayor. Toda palabra o formulación sobre Dios es sólo un balbuceo, un comienzo, nunca un acabamiento que a Él lo pudiera contener y a nosotros detener.

## «Bautizad en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu»

(Mt 28,19)

En la última escena del evangelio de Mateo, Jesús confía a los suyos la misión de bautizar a todos los pueblos en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu (Mt 28,19). Bautizar proviene de *baptizo*, «sumergir». Jesús envía a sumergir la realidad toda en la toma de conciencia de su fondo divino (Padre), en la capacidad de fraternidad (Hijo) y en el impulso plenificador del mundo (Espíritu). Bautizar no significa, pues, hacer acopio de cristianos, sino colaborar a que haya más personas que participen de este triple dinamismo que recoge el ritmo ternario de la realidad.

*Bautizar en el Padre* impulsa a referir todas las cosas a la inagotabilidad del Misterio del que procedemos. Invocar a Dios como padre es sólo uno de los modos posibles para evocar el Fondo último de la realidad. En la Trinidad cristiana, la persona del Padre se identifica como el vértice de la trascendencia absoluta. Utilizamos el término «padre», pero

hoy también se le invoca como madre. Padre y madre son dos imágenes antropomórficas tomadas de nuestros progenitores biológicos para referirnos a la Ultimidad que lo crea todo. Pero habría otros muchos modos para evocar el Misterio insondable de lo real. El bautismo en el Padre indica la vía mística, el impulso a abrirse a esta Profundidad y a perderse en ella. Cuanto más pleno sea el sumergimiento, mayor será la capacidad de reconocer los diversos nombres o no-nombres con los que la humanidad se ha referido y se refiere a ella.

*Bautizar en el Hijo* significa recordar a los humanos que somos receptáculos de ese manantial incesante del Ser y que somos gotas que componemos el Mar. La conciencia de recibir continuamente el don de existir en tanto que hijos permite establecer nuestras relaciones en fraternidad, atendiendo a la alteridad del hermano. Ya que procedemos todos de la misma Fuente y participamos de la misma vida, podemos sentirnos solidarios de las diversas causas justas de la tierra y compartir los anhelos y los clamores de nuestros hermanos los humanos. Así se abre la vía ética y somos llamados a recorrerla hasta el final. Bautizar en el Hijo significa también descubrir y celebrar el modo en que las

diversas tradiciones —incluidas las llamadas ateas, a-teas de muchas formas inauténticas de creer en Dios— se preocupan por la causa de los demás.

*Bautizar en nombre del Espíritu* significa interpretar los acontecimientos de la historia desde el dinamismo plenificador. Ello supone discernir e identificar en el mundo los signos de esta transformación y colaborar con su impulso creador. Del mismo modo que el Espíritu, *Ruah*, sobrevoló como un inmenso albatros sobre los océanos de la vacuidad dándole forma, su aleteo continúa configurando la materia y conduciendo los procesos de la historia hacia su divinización. Abrirse al dinamismo del Espíritu supone dejarse sorprender por esa fuerza «que no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8); un impulso que unas veces tiene la potencia devastadora de un huracán y otras se manifiesta como la brisa suave del Horeb (1Re 19,11-13). El Espíritu que ungió a Jesús convirtiéndole en *Christós* es el mismo que recibimos —nosotros y que recibe el mundo para hacernos *capax Dei*. Nosotros y el mundo somos la prolongación de Cristo, de esta unción del Espíritu que nos convierte y convierte al mundo en escenario de una nueva humanidad, de manera que los cautivos recuperen la libertad, los ciegos vuelvan a ver, los

oprimidos sean liberados y advenga un tiempo nuevo para la humanidad (Lc 4,18-19).

Toda acción, a cualquier nivel, participa de la acción del Padre que engendra al Hijo en el Espíritu. Todo lo que realizamos forma parte del engendramiento del Hijo y colabora a que Dios sea todo en todos. Este triple bautismo lleva al cristianismo más allá de sí mismo. En vez de tener nostalgia del pasado, descubrimos que tenemos nostalgia del futuro, de un futuro que todavía está por venir a la vez que ya está aquí. El dinamismo trinitario está en todo momento presente, porque Dios no está en ningún *allá*, sino en la más pura inmediatez del aquí y del ahora. Bautizar —sumergir— es abrir lo que ya es, desbloquear lo que ya está entre nosotros para que lo podamos recibir.

Pero ¿cómo podríamos bautizar si antes nosotros no hubiéramos sido bautizados? ¿Cómo podemos sumergir la realidad en Dios si antes no estamos nosotros anegados en Él? Así, la llamada a bautizar es al mismo tiempo una invitación a adentrarnos más y más en el misterio tri-unitario de la realidad, que continuamente emerge de un Fondo inasible (Padre) creando vínculos (Hijo) en un dinamismo interminable de transformación (Espíritu). Sólo entregados a este misterio podremos ser la ocasión de su extensión.

«Yo estaré con vosotros  
hasta el fin de los tiempos»  
(Mt 28,20)

El *ascender* de Cristo a los cielos es un modo de expresar que en él ya hay una plenitud acabada. Al mismo tiempo sigue permaneciendo en el mundo, atrayéndolo todo hacia esa plenitud: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20). El cielo no está arriba, sino que indica un estado en el que todas las cosas y las personas gozan de completud. Ahora bien, existiendo el *ya sí*, hay extensos páramos de *todavía no*. Por ello, a la vez que se produce la ascensión, con la misma fuerza los Evangelios se refieren a la permanencia de Jesús en la historia.

Su arraigo en el mundo para impulsar el *Pleroma* implica que el mundo es la prolongación de su Cuerpo llamado a participar de ese nuevo estado de existencia que es la resurrección. Jesús resucitado es la primicia de la nueva Creación, la levadura puesta en la masa de la historia para fermentarla de esa nueva forma de vida. Estamos sólo en el comienzo, en el

inicio de ese grano de mostaza enterrado en la tierra que apenas ha empezado a germinar. Lo reconocemos en esa planta con tiernas hojas que llamamos Iglesia, para referirnos sólo a nuestro territorio conocido.

El Cristo total es mucho más que el cristianismo. Tal como lo conocemos actualmente, el cristianismo es el resultado de tres conjunciones: la espiritualidad hebrea, la formulación griega y, en el caso del catolicismo, la organización romana. Al salir al encuentro de otras culturas y tradiciones en un planeta irreversiblemente global, descubrimos que el cristianismo puede adquirir otras formas que no somos capaces de imaginar en este momento. Asistimos a una crisis de lo que hemos conocido hasta ahora, pero ello no implica una crisis o un acabamiento de lo crístico.

¿Qué es lo crístico del cristianismo que va más allá de cualquier forma histórica o cultural con que pueda expresarse? Aquello que desvela el acontecimiento pascual: que la vida vivida como donación atraviesa la muerte inaugurando una forma nueva de existencia. La resurrección revela el ser mismo de Dios: plenitud del Ser que da su ser para dejar ser en plenitud. Todo aquel o aquella que vive en donación y como donación participa de Cristo y del dinamismo que suscita actos de entre-

ga cada vez mayores entre los humanos. El mundo está atravesado por dos polos: por un lado, padecemos interrupciones, opacidades, absurdos, dolor y muerte, y, por el otro, se nos dan experiencias de luz, sentido, gozo y acabamiento. El cosmos y la historia están en proceso y coexisten ambos registros. Cristo está aquí, permaneciendo en todo ello hasta el acabamiento de este desarrollo, sosteniéndolo desde el interior y atrayéndolo desde el final en colaboración con la *dynamis* del Espíritu.

La historia es la continua encarnación, gestación y maduración de lo divino en la materia. Jesús de Nazaret es el Rostro concreto de este darse de Dios al mundo, en espera de que el mundo se reconozca en Dios. Este proyecto está preparado «desde antes de la creación del mundo» (1Pe 1,20). Adquiere diversas formas según sea el marco histórico y cultural, y captamos unas u otras manifestaciones en función del desarrollo de nuestra conciencia y de la apertura de nuestro espíritu. Ningún receptáculo, palabra, concepto o símbolo pueden agotarlo. Pero, a la vez, necesitamos palabras, conceptos y símbolos que nos lo hagan accesible. Al requerirlos, tenemos el riesgo de quedar detenidos en ellos e incapacitarnos para reconocer este dinamismo *crístico* en otras expresiones que no sean las nuestras. El en-

cuentro entre las religiones posibilita que nos ayudemos mutuamente a descubrir las formas diversas en que su Presencia se manifiesta y su proyecto se despliega. Esta Presencia no se identifica por la forma particular que toma, sino por lo que impulsa: la apertura a más realidad por medio de la entrega. La permanencia de este dinamismo en el mundo hasta el final de los tiempos engendra santidad y hace profetas y amigos de Dios en cada generación (Sab 7,27).

## «El Padre y yo somos uno»

(Jn 10,30)

No hay otra razón de existir que estar llamados a participar de la experiencia y la existencia no-dual de Jesús con el Absoluto. Le oímos decir repetidamente: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30); «El Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn 10,38); «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14,11). En el *yo* de Jesús estamos todos. Así lo dice explícitamente y por tres veces: «Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos en nosotros sean uno» (Jn 17,21.22.23). Este *ser uno* no se refiere únicamente a estar unidos entre nosotros, formando su Cuerpo, sino a ser uno con Dios como él es uno con la Fuente. Esta insistencia en que participemos en su experiencia y en su naturaleza nos introduce en la teología de la divinización. Estamos en la alta cristología del cuarto evangelio que se eleva como un águila por encima de los sinópticos.

A través de Jesús los cristianos reconocemos que lo divino se ha manifestado en lo humano para que lo verdaderamente humano se reconozca divino. Como en Dios no hay tiempo, el que una vez se haya introducido en lo humano significa que está en lo humano desde siempre, aunque en nosotros se manifiesta en forma de proceso. A través de Jesús estamos llamados a participar plenamente de esta unión. Unión que no disminuye la trascendencia divina, sino que revela la identidad última de nuestra naturaleza y de la realidad toda.

Jesús es el ser humano plenamente desalojado en el que todo su espacio es de Dios y para Dios porque todo él se sabe proveniente de Dios. Jesús es lo que acontece cuando alguien se abre plenamente a la acción de Dios. Entonces es recreado, prolongado una y otra vez. Como Dios es el Ser que contiene a todos los seres, ser espacio de Dios en Dios significa espaciarse para los demás y recibir cada instante y cada cosa como una teofanía.

Tal es el misterio que había sido mantenido oculto durante siglos enteros y que ha sido revelado ahora, en la plenitud de los tiempos (Rm 16,25-26). Esta plenitud se da siempre que este misterio se manifiesta. Estamos llamados a participar de la esencia de Cristo Jesús por el mismo don que él participa de la nuestra. Tal es

el sentido de lo que llamamos la encarnación de Dios, que es inseparable de la divinización de lo humano. Este doble movimiento de descenso y de ascenso se hace a través de la donación y de la conciencia.

Si los Evangelios contienen este *crescendo* en la comprensión que los discípulos tienen sobre la persona de Jesús, también en la reflexión dogmática de los cuatro primeros siglos se percibe esta progresión. Y debería seguir creciendo. Donde culmina la cristología comienza una nueva antropología. Jesús es la revelación de lo que somos todos. De este modo, podemos decir con el Maestro Eckhart: «El Padre me engendra en tanto que Hijo. Pero todavía digo más: no sólo me engendra en tanto que su Hijo, sino que me engendra en tanto que Él mismo, y Él se engendra en cuanto a mí y a mí en cuanto a su ser y su naturaleza». Y es que, «en la fuente más interior, brotamos del Espíritu; allí hay una Vida, un Ser y una Obra».

Nos cuesta aceptar que estamos llamados a participar de la misma experiencia y la misma naturaleza de Jesús. También sus interlocutores se turbaron, escandalizaron o resistieron. Jesús les tuvo que recordar: «¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo dije: sois dioses”?» (Jn 10,34). Pero no lo pudieron aceptar, como tampoco lo hicieron cuando les ofreció comer

su carne (Jn 6,53-66). «¡Qué dura es esta doctrina!» (Jn 6,60). Se retiraron y volvieron para eliminar a Quien tuvo la audacia de proponerlo. La conciencia de nuestra precariedad y nuestra mezquindad hace que digamos como Pedro después de la pesca en el lago: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» (Lc 5,8). Podemos quedarnos en la orilla, sin adentrarnos en el agua profunda, o podemos escuchar las palabras de Jesús: «Remad mar adentro» (Lc 5,4). En las profundidades de ese Mar hay unos peces que no nadan por la orilla y cuyas entrañas contienen un tesoro: el sello de nuestra imagen y nuestra semejanza divinas. Cristo Jesús nos impulsa a ir a mar abierto y echar las redes en el fondo de nuestras aguas.

«Ahora ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es» (1Jn 3,2). Esta manifestación futura no se refiere sólo a la *otra* vida, sino también a la claridad de ésta. No conocemos el alcance de ser hijos. La filiación indica participación en el mismo linaje, una misma identidad en la diferencia. Una diferencia que no es distancia, sino distinción de los contornos de cada ser. Hay un modo de vivir la especificidad que perpetúa la dualidad:  $1 + 1 = 2$ . Aquí la identidad está

blindada y sólo es posible la yuxtaposición. Tampoco se trata de la unión fusional que lleva a la confusión:  $1 = 1$ . Hablamos de una *diferencia* en la identidad y de una identidad en la diferencia que mantiene y hace fecunda la unidad:  $1 \times 1 = 1$ . Ver a Dios tal cual es significa que cuando le vemos nos vemos a nosotros mismos y que cuando Él nos mira se ve a sí mismo, sin separación ni disolución. «Alma, buscarte has en Mí, y a Mí buscarte has en ti», decía santa Teresa en boca de Dios. De este modo, estamos más allá de la dualidad que nos separa y del monismo que nos confunde. Lo que veremos es la totalidad de lo Real de la que formamos parte en un éxtasis de mismidad.

Sólo si nos mantenemos en el modo de ser de Jesús, el sabernos uno con Dios no será un delirio, sino un impulso a vivir como él, perdiendo nuestra autorreferencia. En el «en mí» de Jesús se oculta toda la profundidad de la realidad que se va desvelando en la medida en que nos vamos desalojando de nosotros mismos y adentrando en él. Cuando la presencia de Cristo en nosotros es correspondida con nuestra entrega a él, permanecemos recíprocamente en el otro y nos vamos haciendo uno.

Hemos dicho desde el principio que a Cristo no *vamos*, sino que *venimos*. *Venimos* a él porque regresamos a casa. Es nuestro lugar primordial, nuestro hogar original donde somos plenamente nosotros mismos, imagen hecha semejanza de Dios. Jesús nos revela lo que somos. Su existencia es una invitación a participar de la vida que existe en el interior de la Trinidad en el que el darse es recibirse y recibirse es darse, formando una unidad in-

separable a través de una continua y creciente relación. De aquí la insistencia en esta mutua permanencia, tan recurrente en el cuarto evangelio.

Permanecer en Jesús supone alcanzar una nueva calidad de existencia, desde las raíces de nuestro ser hasta cimas que no somos capaces de imaginar. Este permanecer cristificante nos descentra de nosotros mismos: «Ya no soy yo, sino Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). El propio vivir es la ocasión para que Cristo pueda vivir. Permanecer en él es la ocasión de su extensión en mí y su permanencia en mí es la ocasión de mi extensión en él. Así se prolonga el misterio de la encarnación y nos adentra en una experiencia cada vez más honda que unifica la relación entre Creador y criatura, y nos abisma en la vida intradivina. Somos invitados a participar en la exhalación y la inhalación continuas de Dios en Dios y de Dios hacia la creación. Jesús es la anticipación de nuestra plenitud en Dios, la revelación de que nuestro ser brota de Dios a cada instante, en cada palabra, en cada acto, en cada paso que damos y en cada respiración que realizamos. Todo es ocasión para ser llenado de esa Presencia que se da a medida que nos damos.

«Quien permanece en mí y yo en él da fruto y fruto en abundancia, porque sin mí

no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Él es la savia que nos nutre. Los racimos forman parte de la vid, son su fruto. Existen porque están conectados a las ramas y éstas al tronco, y el tronco está arraigado en la tierra. El Padre es la tierra donde el Hijo tiene echadas sus raíces, raíces celestes como en el mito de Platón y de muchos otros pueblos; pero también terrestres por el efecto de la encarnación. El Hijo se pierde en las profundidades de Dios a la vez que se manifiesta en la materia que trabaja para hacerse transparente. Somos en la medida en que nos mantenemos en Jesús. El arraigo en su persona supone la participación en su secreto.

Al mismo tiempo que Cristo es la vid, también es el fruto que nos alimenta: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,56). Su sangre es el vino de la vid y la sustancia de nuestro propio racimo. Él es nosotros y nosotros somos él, sin separación ni confusión. Sin separación, porque él es nuestra sustancia, pero sin confusión, porque todavía no somos él, sino que hay infinito camino por recorrer sin que podamos agotar el misterio de Cristo que nos constituye desde una misteriosa e inaccesible alteridad.

Esta permanencia crece y se despliega a cada paso. Como sucede con el desarrollo

«El Espíritu os conducirá  
hasta la verdad plena»

(Jn 16,13)

isométrico de las plantas, cuanto más hondas sus raíces, más altas sus ramas. El arraigo en Cristo permite que tengamos un pie del compás bien firme en él para que con el otro podamos recorrer y celebrar el círculo de la diversidad de formas de habitar en Dios. Al mismo tiempo, ese centro no está fijo en ninguna parte porque se halla en la profundidad de todo. La obertura del compás está colmada por el Espíritu que nos permite reconocer el *pleroma* de Cristo en sus múltiples manifestaciones.

La economía del Hijo deja paso a la economía del Espíritu, decían los Padres griegos. *Oiko-nomos*, «el cuidado de la casa», el hogar del mundo, es encomendado al Espíritu. También lo dijo Joaquín de Fiore en plena Edad Media: estamos en la era del Espíritu. Si Cristo es la Forma acabada de Jesús y de lo humano, el Espíritu es el dinamismo que sigue actuando en cada persona y en la historia para que se dé ese mismo acabamiento. La humanidad toda y las cosas son conducidas hacia su plenitud y van siendo unguidas, cristificadas, por el mismo Espíritu que ungió a Jesús. Así se prolonga la acción del Cristo interior que se hace exterior al incidir sobre el mundo y actuar en la historia conduciéndola a su plenitud.

El Espíritu es el dinamismo que brota de la relación que hay entre el Padre y el Hijo, entre las profundidades de Dios y su manifestación; es el dinamismo-presencia que permite

ir abriendo realidades desde lo que es anterior a la forma (el Padre) hacia la gestación de las formas (el Hijo). El Espíritu es un flujo continuo a partir de la inconmensurabilidad de lo Indecible que permite ir comprendiendo el desvelarse de lo real. Para recibirlo hay que estar abierto y disponerse a dejarse conducir por su irrupción imprevisible que no sabemos de dónde viene ni a dónde va (Jn 3,8). Si lo supiéramos, no habría revelación ni apertura a más verdad por desvelar; estaríamos sólo ante la repetición de lo ya conocido. Las verdades de la fe son comienzos, no límites. Son indicaciones de caminos para alcanzar horizontes donde ya no hay camino. Hay más realidad más allá de las fórmulas acuñadas. Recorrerla en verdad y de forma sagrada permite hollar con más libertad territorios que están todavía por explorar. «Buscando mis amores [...] pasaré los fuertes y fronteras [...] toda ciencia trascendiendo», dejó escrito Juan de la Cruz, al cual la desmesura del amor le había convertido en transgresor.

Lo propio del Espíritu es hacer porosa la materia, abrirla a la Presencia e impregnarla de ella. Al dejarnos ungir por el Espíritu, nuestra rigidez cede y lo que era muro se hace cuenco; eso nos dispone como receptáculo, como Jesús. Sobre ese espacio desalojado se extiende una

comprensión de las cosas que percibimos como verdaderas en la medida en que nos abren a más vida. Hacerse receptivo al Espíritu y dejarse conducir implica ser capaces de acoger más realidad y desplegar más aspectos de ella.

Cristo Jesús es la mediación del Origen, de la Fuente inagotable del ser, porque todo él se ha convertido en pasaje. De su aliento brota el Espíritu, sin que por ello el Espíritu deje de manar de toda existencia abierta. Lo propio del cristianismo es recibir esta unción a través de Jesús, confesado como el Ungido por excelencia, el Esperado de Israel, pero ello no impide el reconocimiento de su paso por otras vías también abiertas; bien al contrario, lo posibilita. Porque el Espíritu es siempre uno y el mismo: un dinamismo que suscita más dinamismo reverberando de un Fondo de donación continua. La verdad a la que conduce el Espíritu es el reconocimiento de que donde hay vida vivida desde la donación, está su Presencia, más allá del nombre que le pongamos. Como cristianos lo captamos a partir de Jesús, que, adentrándose en nosotros, se convierte en el Cristo interior. Ungiéndonos permite abrirnos a la captación de esta acción y esta unción universales. Como seres en vías de cristificación, somos conducidos por el Espíritu para que

podamos reconocer su actuación-unción más allá de nuestra mediación en el dinamismo de otras formas.

El círculo trinitario hace que la progresiva extensión de la verdad no sea una confusa deriva, sino una expansión sin que el centro por el que avanzamos quede anulado. Al contrario, es profundizado, susceptible de más posibilidades y significaciones. «Dios es una esfera infinita cuyo centro se halla en todas partes y su circunferencia, en ninguna», dice una sentencia antigua. Quien vive abierto tiene acceso a ese centro que el Espíritu expande por doquier, lo cual se reconoce en la calidad de una existencia descentrada de sí. Los signos son: «amor, alegría, paz, comprensión, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de uno mismo» (Gal 5,22). Estos mansos atributos del ser humano transformado son signo de que en él se ha gestado el Cristo interior y que en él se ha abierto camino por la verdad hacia la Vida (Jn 14,6). Al final, el criterio de veracidad viene dado por la calidad de nuestra existencia. Vivir según la verdad conduce a un modo de ser transfigurado en comunión creciente con la Presencia que funda lo Real.

## «La realidad es Cristo»

(Col 2,17)

A través de Cristo Jesús, los cristianos llegamos a conocer que el ser de Dios es su entregarse. La realidad es el darse de Dios. Entregándose, hace participar a todos los seres de su Ser. Cristo es el nombre que, como cristianos, damos a esa realidad. «En él fueron creadas todas las cosas, por medio de él y con miras a él; él es ante todo y todo tiene en él su consistencia» (Col 1,16-17). En Cristo Jesús se da la conjunción de los dos polos que configuran lo existente, el vínculo entre lo invisible y lo visible: desde Dios, Cristo es el Verbo y el Rostro que emerge a partir de las profundidades de aquel que en la Trinidad llamamos Padre, el *Deus absconditus*; desde nosotros, Jesús manifiesta la culminación del ser humano y de todo lo creado.

Cristo Jesús es donde y en quien lo escondido de Dios y lo escondido de nosotros se manifiestan. Pero esta manifestación sigue velada porque todavía hay mucho por develar.

«Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). Nuestro estar ocultos en Dios y ante nosotros mismos se convierte en revelación a través del Cristo naciente. Él es nosotros plenificado y nosotros somos Él en gestación hasta que alcancemos el Ser total, cuando «Dios será todo en todos» (1 Cor 15,28). Dios podrá ser todo en todos porque toda existencia estará desalojada de sí misma, tal como Dios está desalojado de sí y por ello es fuente continua de vida. Tal es el *Pleroma* donde se recogerá todo.

En Cristo Jesús, este proceso ha sido completado. «Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» (Ap 22,13). Entre los dos extremos se extiende su Cuerpo al que nos incorporamos en la medida en que vamos creciendo en capacidad de entrega. Al mismo tiempo que Cristo es acabamiento, es comienzo. Donde él acaba, empieza todo. Él posibilita que comencemos. Su acabamiento engendra lo nuevo. Su acabar es nuestro empezar.

Nada existe aisladamente, a la vez que cualquier parte de Dios es Dios en su totalidad. La realidad es constitutivamente relacional y Dios mismo es relación, tri-unidad, en el interior y en el exterior de sí mismo. Comprender que la gestación del Cristo interior en cada uno es

también la gestación del Cristo histórico y cósmico que abarca la realidad completa, es algo que nos estremece y que apenas atisbamos. Cada individualidad es una célula del Cristo total llamada a alcanzar la plenitud mediante la entrega de lo que se le ha confiado: «Crecemos en todos los sentidos hacia él [...] según la energía distribuida a cada miembro para lograr la plena formación del cuerpo en el amor» (Ef 4,15-16). Tal es el *Pleroma* de Cristo que estamos llamados a constituir entre todos, a la vez que cada uno contiene el todo.

La energía propia de cada miembro no sólo se refiere a las personas, sino también a la aportación de cada tradición religiosa. Estar llamados a crecer hacia él en todos los sentidos y desde todas las direcciones significa estar abiertos a descubrir cómo se nombra este proceso en las demás tradiciones, así como en la mentalidad secular. Tal dinamismo es ese modo de existencia que conduce a la donación de sí, potenciando la existencia ajena, lo cual nos hace participar de la vida de Dios.

Como cristianos, exclamamos: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20). Y él nos responde: «Yo vengo en la medida en que vosotros venís a mí». Nuestro *venir* a él pasa por vivir del modo como él vivió, dejando que se siga encarnando en nosotros. Vamos hacia El-que-viene. Así se

va gestando el Cristo interior y vamos siendo engendrados como prolongación suya en el desarrollo del cosmos y de la historia, acercando esos cielos nuevos y esa tierra nueva que laten en la calidad de nuestro existir.

### *Sobre el autor*

*Javier Melloni (Barcelona, 1962) es jesuita, doctor en Teología y licenciado en Antropología Cultural, además de miembro de Cristianisme i Justícia y profesor en la Facultad de Teología de Cataluña. Vive en la Cova de Sant Ignasi (Manresa), donde acompaña y reflexiona sobre las diversas manifestaciones de la experiencia de Dios. Está especializado en mística comparada y diálogo interreligioso, y es autor de diversas publicaciones.*